

DYLAN MARTINS

No debí ser tu

ESCOLTA

No eras solo sexo



DM

No debí ser tu

ESCOLTA

No eras solo sexo

No debí ser tu escolta... No eras solo sexo.

©Todos los derechos reservados.

©Dylan Martins

1ªEdición: **Octubre, 2019**

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos **son productos de la imaginación** del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Me estaba poniendo nervioso, esa pata de mi perro “Conan” sobre mi brazo, quería que le abriera la puerta para salir al jardín, como cada mañana no fallaba en despertarme, se ponía a arañarme con las pezuñas.

—Conan, ¿Cuándo me vas a dejar dormir hasta la hora que me plazca? —le hablaba, tenía claro que me entendía.

Un sonido a modo lloro me suplicaba que le abriera la puerta y eso hice, la deje entreabierta para que volviera a entrar cuando quisiera, necesitaba quedarme sobre aquella cama tendido un rato más.

Resoplé, me sentía con estrés, estaba agobiado, me estaba cansando de aquella vida...

Treinta y cinco años, sólo, sin familia, viviendo en una casa móvil sobre un terreno, ambos me los dejó mi padre de herencia antes de morir, pero yo quería una casa de verdad, por muy bien que tuviera aquella especie de caravana, yo quería otra cosa.

Me levanté un rato después, me preparé un café y me senté en las escaleras de la casa. Conan me trajo la pelota para que se la lanzara, quería jugar, tenía esos momentos en los que necesitaba que yo estuviera con él de esa manera, solo tenía cinco años y era muy juguetón.

Miré a mi moto, una de paseo con más de veinte años, azul eléctrica, un clásico de Honda, una preciosidad que yo conservaba como si fuera una parte de mi cuerpo, estaba mejor que cualquiera de dos años, la tenía como paño en oro.

Estaba cansado de esa vida, quería cambiar, estaba harto de cometer ilegalidades para sobrevivir, robaba vehículos que luego vendía en un mercado negro, jamás me cogieron, eso me dio para reunir unas sumas importantes de dinero que tenía guardado estratégicamente en varios puntos, pero esa no era mi desgracia, eso que me estaba envenenando últimamente...

El tema es que tenía mucho dinero, pero era negro, o sea, no podía ir a comprarme una casa pues tendría que justificar de donde salía el dinero, por otro lado tampoco podía ir a alquilar una casa pues por mucho dinero que des de fianza tienes que aportar un justificante laboral para el contrato, así que lo tenía crudo.

¿La única solución?

Pues era pedir licencia de construcción en mi terreno y hacerme una casa, como si me la estuviera construyendo yo, eso no tendría que justificar nada, pero, quería salir de allí, ese lugar me traía recuerdos no tan buenos, estaba a las afuera de la ciudad, en un lugar tranquilo, yo de todas maneras era un hombre solitario, apartado de una sociedad de la que tenía muchas cosas en contra.

Hacía mucho deporte, tenía un físico bastante trabajado, me gustaba físicamente, aunque yo

vestía muy urbano, Jens, camisetas, chaquetas casuales y nada de ropa elegante, pero me veía bien, con buena percha, me gustaba lo que veía en ese espejo, pero no lo que había en mi interior.

Había vivido con mi padre desde que tenía uso de razón, mi madre murió cuando yo apenas tenía dos años, no me quedó ningún recuerdo de ella, solo aquella fotos que guardaba mi padre como un tesoro y que ahora lo hacía yo, pero mi vida fue ese terreno y mucha soledad, además dejé de ir al instituto, tiré los estudios por la borda, me metí en un mundo de dinero fácil y adrenalina, eso me mantenía vivo, eso me hacía soltar todo eso que llevaba dentro de mí.

Los últimos días me había registrado en una página de trabajo de seguridad privada, eso sí, hice todos los cursos que salían, me encantaban, tenía un montón de títulos, pero claro nunca me había tomado en serio el trabajar de eso, pero con esto de que en la cabeza no paraba de rondarme la idea de cambiar mi vida, no conocía otro trabajo mejor que ese, eso o irme a un taller, pero no quería nada vinculado al mundo de los automóviles.

Para mi sorpresa esa mañana sonó un número desconocido para mí.

—Buenos días, ¿El señor Nicolás Villegas?

—Buenos días, sí, soy yo.

—Le llamo referente a su interés por trabajar como Seguridad privada, nos gustaría concertar una entrevista con usted para mañana a las diez de la mañana en las oficinas de edificio de Phoenix.

—Allí estaré.

—Puerta Treinta y tres.

—Vale, hasta mañana.

Me senté de nuevo en esos escalones que eran el consuelo de mi culo, donde reflexionaba o me pasaba las horas simplemente mirando a la nada, ahora me veía con mi primera entrevista de trabajo, sin experiencia y con un montón de cursos que avalaran que podía ser apto para ese puesto.

La cabeza no paraba de darme vueltas, pero tenía que dar ese paso, si no me aceptaban, pues a seguir intentado con otro trabajo, que volvía a caer, pues a la calle a seguir trabajando y delinquiendo, de otra no me quedaba.

A la mañana siguiente a las ocho ya estaba duchado, me seque el pelo ya que tenía el flequillo más largo, por los lados estaba recortado y por encima tenía más cantidad, de color castaño, me quedaba bien esa camiseta de color blanca, con una rebeca gris encima para el momento moto, luego me la quitaría pues hacía calor y unos Jennys ligeramente sueltos.

Arranqué la moto y me despedí de Conan, me fui a buscar ese edificio y una vez que lo tenía localizado me fui a desayunar tranquilamente al bar que había justo en frente.

Veía la gente ir y venir para trabajar, cada uno a su estilo, muchos de ellos definían a lo que se dedicaban o donde trabaja, era muy observador, muy callado pero no dejaba de observar a mi alrededor toda las cosas que pasaban, estaba obsesionado, me las veía venir toda, por eso mi afán de prepararme en seguridad privada personal.

Diez minutos antes de la hora acordada llamé al número treinta y tres, me abrieron y me hicieron pasar al despacho del director de la empresa que se dedicaba a contratar a los de seguridad para clientes suyos.

—Buenos días, Nicolás —un hombre de unos cincuenta y cinco años, levantándose y apretándome la mano. —Mi nombre es Manuel, siéntate por favor —señaló a la silla.

—Buenos días, encantado —sonreí levemente, mi rostro normalmente era serio, me costaba mucho gesticular.

—Pues viendo su currículum que colgó en nuestra página, veo que no tienes experiencia en este ámbito, pero que sin embargo tienes todos los cursos oficiales de técnicas y protección personal, con unas notas que destacan. En este caso sería para un contrato de un mes, luego te podemos ofrecer otra cosa, pero ahora mismos sería total disponibilidad, sería estar los treinta días al lado de esa persona, velando porque no le suceda nada.

—¿De qué tipo de persona se trata?

—Una chica de veinticinco años, acaba de acabar sus estudios, es la hija de uno de los hombres más poderosos de la ciudad y quiere irse a recorrer Europa sola, su padre le paga todo con la condición de llevar un escolta.

—¿Me tendría que ir todo un mes por Europa?

—Así es, todos los gastos estarían pagados, dormirías en todos los hoteles en habitaciones comunicadas a las de ella, tiene que ser su sombra, desayunar con ella, ir a por pipas con ella, pasear con ella, comer con ella, los treinta días estaría bajo tu responsabilidad.

—Vaya, me dejó descolocado eso de tener que viajar.

—Cobrarías diez mil euros limpios a la vuelta, durante el viaje pagaréis con una tarjeta que se os asignará por parte de su padre, así que no tendrás por lo que preocuparte. Por mi parte, te veo una persona seria y con un currículum que aunque no aparece experiencia personal, está muy cubierto por la parte de preparación.

—Necesito pensarlo.

—¿Es por el dinero?

—No —sonreí— es por el tema de dejar mi casa para irme un mes.

—Necesito la contestación antes de esta tarde a las siete, ya entrevisté a varios y te tengo como prioridad, en caso de que digas que no, tendré que llamar al siguiente clasificado, pero mañana hay que firmar el contrato aquí a las diez, pasado mañana comienza el viaje.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, me levante a media sonrisa.

—Antes de las dos le llamaré —lo miré a los ojos con seguridad y le di un apretón de manos fuerte.

—Espero que se decida, hay algo en ti que me gusta.

—Gracias por la confianza.

Salí de allí un poco raro, solo me echaba para atrás una cosa, Conan, me partía el alma separarme durante tanto tiempo, eso era lo único que me frenaba, por otro lado era una buena oportunidad para añadir una buena experiencia a mi currículum.

Tenía que hacerlo, necesitaba esa nomina, esa experiencia, tenía que darme esa oportunidad, así que fui a hablar con mi vecino Rodrigo, de la finca de al lado, era al único que le podía pedir que se quedara con Conan, además mi perro siempre estaba en contacto con los suyos por la verja que nos separaban, además en más de una ocasión los habíamos soltados a jugar juntos.

—Ni dudar, me lo dejas aquí, va a estar muy cuidado y por el terreno no te preocupes, le echaré un vistazo todos los días y regaré las plantas.

—Gracias —me sentí muy tranquilo.

Entré a mi casa y llamé a Manuel, le confirmé que aceptaba el trabajo y se le notó muy satisfecho, quedé en pasar por la oficina a la diez de la mañana para firmar el contrato.

Y llegó esa mañana y ahí estaba de nuevo, frente a él, firmando mi primer trabajo legal, preparándome para comenzar una nueva aventura.

—Entonces mañana nos vemos aquí a las nueve, donde estará nuestra cliente y desde donde saldréis para ese viaje.

—Perfecto, aquí estaré —le di la mano con firmeza y salí de allí.

Me compré una maleta, en mi vida había ido de viaje, así que comencé a preparar las cosas que me iba a llevar, sobre todo ligera, era julio y en cualquier parte haría calor, alguna camiseta de mangas larga por si la noche lo requería y listo, todo bien guardado, preparado para el primer gran viaje de mi vida, ahora solo quedaba rezar por qué la chica que estaría a mi cargo no fuera un de esas insoportables.

Capítulo 2



Primer día, Cracovia.

Un taxi me llevó hasta el edificio, ya había dejado a Conan jugando con los perros de mi vecino, no estaba acostumbrado a que me fuera, así que ni se dio cuenta de que me despedía por un tiempo.

Me presenté allí y entré, me tomé un café con Manuel, a los cinco minutos apareció ella con la maleta, no escupí el buche de café de milagro, pero eso es lo que me produjo al verla, una sensación de que lo iba a pasar muy mal.

—Hola, soy Mikaela —dijo levantando un poco la mano, con esa sonrisa de niña pija, esa indumentaria tan fina, que me dañaba a la vista, un vestido blanco dejado caer por los hombros y una sandalias de tacón altas del mismo color, esa melena perfectamente planchada y ese collar tan llamativo, tan maquillada, tan... ¡Paris Hilton!

—Hola soy Nicolás —le tendí la mano.

Manuel nos explicó todo, el itinerario, los aviones, en cada aeropuerto nos esperaba un chofer con nuestros nombres y nos llevaría al hotel, al igual que nos recogerían en el hotel para volver al aeropuerto para otro trayecto, así todo el viaje.

Una tarjeta con la que pagaríamos las comidas, bebidas y transporte en la ciudad, otra con un límite de cinco mil euros para caprichos y compras personales, había que joderse, ella sonreía, me daba a mí que tenía menos neuronas que un recién nacido.

Salimos de allí y nos llevó su chofer al aeropuerto, facturamos y fuimos a buscar la puerta de embarque, pero sin hablar, ella sonreía y yo se la devolvía a mi forma, no es que fuera muy simpático, ni que ella me cayera bien a simple vista.

No montamos en el avión en primera clase, como no, nos esperaban muchas horas de vuelo de Manhattan a Cracovia, nuestra primera parada, en ese país Polaco.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó mientras masticaba ese chicle que me estaba poniendo nervioso.

—Treinta y cinco —sonreí con falsedad.

—Yo veinticinco —me devolvió la sonrisa.

—Toda una mujer —quitó el papel del chicle y me lo metió en la boca, al menos si ella me ponía nerviosa, yo la iba poner a ella más.

—¿Has trabajado para más gente? —seguía con ese movimiento de boca por el chicle que me estaba llevando los demonios.

—De esto no —dije masticando de forma desmesurada.

—¿De qué? —lo hacía peor, se vería más sexy, tenía un cuajo que no podía con ella.

—Robaba coches —dije con ironía, total no me iba a creer.

—A mi padre le robaron uno —rio dándome un golpe con la mano que me aguante de no devolvérselo.

—Lo mismo fui yo, quién sabe —sonreí de nuevo con esa falsedad que ella me producía.

—¡Qué gracioso! —otro manotazo mientras seguía masticando y a mí, a mí me estaba sacando de quicio.

—Iba para payaso, pero mira, terminé de escolta —volví a sonreír ampliamente.

—No creo que aguantes cinco días —su sonrisa de satisfacción no se le quitaba de la cara.

—Lo veremos —dije en tono serio.

—¿Te has asustado? —su carcajada se escuchó en toda la cabina.

—¿Contigo? —me salió una carcajada floja y la miré negando.

—¿Hablo mucho?

—Y masticas más —tuve que explotar o si no le metía el dedo en la boca y le sacaba el chicle.

—¿Te molesta? —preguntó sin dejarlo de hacer.

—Una cosa ¿En serio has terminado la carrera?

—Con matrícula de honor —me miraba riendo de forma descarada.

—Vaya, me sorprendes —como para no, si tenía menos luces que un traje de torero, pero bueno, se la había sacado pese a mi incredulidad.

El avión despegó y nos trajeron la cena, mejor que un restaurante de lujo, no veas como se ponían los de primera clase, aluciné al ver todo lo que nos traían y en vajillas de alto standing.

Cuando terminamos de cenar apagaron las luces y reclinamos los asientos, se quedaron como camas, nos habían dado una manta y una almohada ya que dentro del avión hacia frío, el aire acondicionado estaba a tope, cosa que no comprendía.

—¿Vas a dormir? —dijo alumbrándome con su móvil.

—No, te voy a contar un cuento —dije girándome al otro lado para que esa tía me dejara en paz.

—¿El de la buena pipa? —ay Dios que no la aguantaba y aún me quedaba un mes por delante, ni le contesté, intenté concentrarme y conseguí quedarme dormido.

Unas horas después nos avisaron para desayunar ya que en breve tomaríamos tierra.

—Menos mal que no roncas —dijo cuando me incorporé —Me podría haber escapado y no te hubieras enterado.

—Si claro, podías haber ido a ver a la azafata o al baño, un peligro que no había previsto...

—O me hubiera tirado en paracaídas —volvió esa sonrisa que me ponía de los nervios.

—Pues te hubiera deseado buen viaje —sonreí a la azafata que me dio la bandeja con el desayuno.

—Me parece que no me vas a saber cuidar —dio un sorbo al café.

—Mientras no te pierda de vista...

—Pues será tu dolor de cabezas —hizo un gesto burlón.

—Pues veremos quién lo es más —giré los ojos sin que me viera, me estaba sacando de quicio, a mí, el hombre más tranquilo del planeta.

Menos mal que se colocó los cascos y se puso a ver algo en su móvil, no la aguantaba, me molestaba el sonido de su voz, me causaba un malestar impresionaba y me quedaba aún un mes, sí, un mes...

—Ya estamos empezando el descenso —apartó su casco para hablarme.

—¿No me digas? Vaya no me había dado cuenta...

Por fin aterrizamos y salimos de la terminal, lo primero que hizo fue encenderse un cigarrillo, y otro, veíamos al del cartel con nuestros nombres pero caso omiso, primero el pitillo y luego el traslado, que se esperara, demasiado con haber aguantado a esta todo el vuelo como para no merecerme unas caladas.

El clima de Cracovia se veía distinto, la gente inclusive las notaba diferente, observé de todo lo que duró aquel cigarrillo, donde ella me hablaba del país y yo la ignoraba analizando todo lo que me rodeaba.

—Me he aprendido todo el itinerario, es más yo fui quien eligió cada lugar, así que me conozco todos los sitios, me preparé todo bien —sonreí orgullosa.

—Eso es excepcional, deberían de darte un premio a la mejor investigación —estaba a modo irónico, como desde que me monté en el avión.

Nos fuimos donde el chico nos esperaba con el cartel y nos montamos en el vehículo, yo iba delante y ella detrás.

—¿Sabes que Cracovia es una de las ciudades más importantes de Polonia en el ámbito cultural y político? —preguntó con esa voz que me retumbaba en los oídos cada vez que hablaba.

—No, no lo sabía... —observaba todo durante el recorrido.

—Pues fue donde se juntó todo el gobierno nazi, eso durante la segunda guerra mundial —seguía en plan historiadora.

—Vaya, me impresionas —mi tono irónico no sabía si lo entendía o se sentía la mejor del mundo, pero parecía que le importaba bien poco todo mi pasotismo.

Nos dejaron en el hotel donde nos registramos y nos acompañaron a nuestras habitaciones, ambas comunicadas por una puerta que estaría abierta en todo momento para yo estar atento a ella.

Colocamos las cosas en el armario, ella se cambió y nos fuimos a comer a la ciudad, eran las tres de la tarde, estábamos en pleno centro.

—Esta ciudad tiene un fuerte arraigo católico —me comentaba mientras caminaba y a mí me importaba tres pitos, yo quería ver, sacar mis propias conclusiones de cada ciudad, ocuparme de que no le pasara nada y listo, pero bueno la tenía que aguantar.

—Igualito que lo tengo yo con la iglesia —bromeé sin un ápice de sonrisa.

—¿Vas a misa?

—Todos los domingos —Nada, no pillaba ni una, pero si había que tomarla por tonta, eso haría.

—Yo no voy, pero antes sí que lo hacía —señaló a un restaurante de comida rápida, pija, tonta y comía mal, pero bueno, tenía un buen físico, encima hasta suerte poseía en todos los ámbitos.

—Vaya, ¿te echaron de la iglesia? —abrí la puerta para que entrara al restaurante.

—¡No! ¿Como piensas eso? —sus ojos se voltearon y hacia movimientos de negación.

—No sé, una chica así y que deje de asistir a tan importantes actos religiosos...

—Pues mira, me cansé de eso, además siempre me dijeron que Dios estaba en todas partes, pues siendo así, aquí lo tendré a mi lado, sin necesidad de acudir a esas misas —soltó una carcajada y volvió a darme un manotazo.

La miré con ojos de enfado, pero nada, ella muerta de risa y mirando los menú de hamburguesas, solté el aire, me ponía de los nervios, era para echarle de comer a parte.

Nos comimos el menú mientras me contaba un poco de una serie que había visto antes de venir, estaba emocionada y yo le hablaba con la misma emoción, ya había tomado el rol de

seguirle el rollo en todo y ponerme de la misma forma que ella.

Estábamos alojados y comiendo en ese momento en la Plaza Del Mercado, un lugar impresionante con una parte amurallada en su interior, realmente todas las calles iban a parar allí, así que era un lugar muy importante dentro de la ciudad para ubicarse todo el turismo.

Allí se encontraba también la Lonja de Paños, lo más visitado, lleno de puestos de souvenirs.

—¿Nos tomamos un café? —hablamos vuelto a la plaza y miraba a una basílica —Es la Basílica de Santa María —se le notaba orgullo al haberla identificado —y aquello es la estatua de Adam Mickiewicz —ni que yo supiera quién era ese tal Adam, pero sonreí como si lo estuviera disfrutando.

—Claro, vamos a tomar un café —señalé a una terraza que estaba muy animada y se veía todo perfectamente desde allí.

Nos sentamos y pedimos dos cafés, nos encendimos un cigarrillo, aquello estaba lleno de vida, muchos carruajes de caballos.

Se pasó todo el día contándome cosas de la ciudad, paseábamos las calles de la antigua ciudad medieval, pero ella seguía en plan guía turística, me estaba poniendo la cabeza echa un bombo, pero realmente me estaba gustando eso de saber y conocer un poco de aquello que iba pisando.

—Vamos a alquilar uno —señaló a un vehículo eléctrico.

Y no me dio tiempo a frenarla cuando ya estaba montada hablando con el conductor, saludé y me senté junto a ella, la verdad que el chico nos hizo un recorrido por la historia de la ciudad, escuchar otra voz que no fuera la de Mikaela me estaba empezando a hacer bien, pero debía de reconocer, que aunque la aguantaba poco, era más graciosa.

Por la noche cenamos en la habitación una pizza, en la suya, nos sentamos en la mesa que había en esta y nos pusimos a charlar sobre la serie Juego de Tronos, que por cierto, yo debía ser la única persona en la faz de la tierra en no haberla visto, pero la escuché y le pregunté en varias ocasiones haciéndome el interesado.

Nos despedimos y nos acostamos, la puerta que nos comunicaba se quedó abierta, teníamos intimidad pero estábamos conectados para cualquier cosa que le hiciera falta.

Pensé en Conan, dormir sin él era algo que echaba de menos, lo echaba en falta, pero bueno, esto era necesario en mi vida y solo sería un mes, luego la dejaría con su padre y sí te he visto no me acuerdo.

Capítulo 3



Segundo día, Cracovia.

—Buenos días —gritó desde la habitación.

—Buenos días —hice una negación con la cabeza, ya empezaba esa voz a retumbar en mi cabeza.

—¿Nos vamos a desayunar?

—Claro, dame cinco minutos que me ducho.

Entré al baño, me preparé y cuando salí ahí estaba sonriendo, me quedé impactado, llevaba un pantalón corto verde militar que le hacía unas caderas y una cintura impresionante, además esa camiseta de tirantes en beige con las sandalias planas a juego, la hacían de lo más sexy, recé porque no abriera la boca y se cargara ese cuadro tan bonito que veía en ese momento en ella.

—Estás muy guapo —me miró de arriba abajo, yo llevaba un pantalón por la rodilla vaquero, una camiseta roja y unas zapatillas blancas.

—Tú también lo estás —dibujé mi media sonrisa.

Salimos de allí y ella iba orgullosa, eso de que le hubiera dicho que estaba guapa le había sentado bien, así que iba contoneando sus caderas con mucha soltura, menos mal que yo era de carácter serio, con mi punto irónico, si no me da allí un ataque de risa.

Nos sentamos en una terraza de la plaza a desayunar, nos pedimos de todo, aquella mesa parecía un banquete y ella feliz de la vida.

—Nico —soltó ya con confianza —¿Tienes novia? —su pregunta me hizo levantar la ceja.

—No, no estoy aún preparado —bromeé.

—Pero tienes ya casi cuarenta años ¿verdad? —Ahora sí que la iba a odiar.

—Un poco menos —solté el aire.

—¿Cuanto menos?

—Treinta y cinco —giré los ojos sin que me viera.

—Yo tengo veinticinco...

—Te echaba treinta —mentí, yo sabía su edad.

—Pues todos me echan veinte —sonrió con falsedad y sonreí.

—Yo debo ser la excepción —volví a levantar la ceja.

—No, eso me lo has dicho en represalia a haberte echado más edad —hizo una mueca.

—Me has pillado —le señalé con el dedo haciendo el gracioso.

Ese día fuimos a La Colina de Wawel, donde se encontraba la catedral y el Castillo Real, por supuesto ella contándome la historia y yo haciendo el que me interesaba, al menos me iba culturizando un poco acerca de esa ciudad.

Nos fuimos a comer al Barrio Judío, todo repleto de cafés y restaurantes, eso nos hizo aprovechar y conocer ese sitio tan importante de interés turístico.

—Yo tuve un novio que era Polaco —rio al soltarlo.

—¿Por eso esta visita?

—Bueno, la incluí en el itinerario como curiosidad por todo lo que me había contado, es de esta ciudad, pero reside en New York.

—Vaya, un cambio un poco extremista.

—Sí, esta ciudad es más tranquila, es otro modo de vida.

—Por eso lo decía...

—Pero a él le gustaba más New York, decía que cuando se fue a estudiar tuvo un flechazo con aquello.

—Suele pasar...

En un mes tenía claro que me iba a saber de ella toda su vida, era de todo menos reservada, pero en el fondo me gustaba escucharle a veces, contaba las cosas con mucha gracia, a pesar de mi seriedad me conseguía sacar alguna sonrisa no fingida.

Aprovechamos el día al máximo, ella estaba igual de payasa, pero cada vez me sacaba más sonrisas y eso era un punto a su favor, al final me iba a caer hasta bien, aunque de vez en cuando la liaba un poco, como esa noche, en la que al acostarnos empezó a contarme desde su habitación más historia del país y menos mal que se quedó dormida rápido, si no me da algo.

Capítulo 4



Tercer día, Cracovia.

—Nico, buenos días —gritó al escucharme moverme de la cama.

—Buenos días, Mikaela —sonreí y entré al baño.

Al salir la escuché hablar con su padre, estaba emocionada contándole todo lo que había visto en los dos días anteriores, hablaba como una niña pequeña buscando la complicidad de él, cuando terminó me asomé.

—¿Nos vamos? —pregunté mientras la veía sonreír feliz en la cama.

—Claro. ¿Hoy no me dices que estoy guapa? —se levantó y se puso las manos en la cintura, llevaba un mono rojo corto de tirantes con un cinturón, la verdad es que estaba preciosa.

—Hoy no me echaste ningún piropo —me crucé de brazos apoyándome en el quicio de la puerta.

—Pero hoy te tocaba a ti primero —me sacó la lengua con descaro y fue hacia la puerta.

—Tienes razón —eché la llave —el rojo te sienta muy bien —levanté la ceja y fui hacia el ascensor que ya permanecía abierto y le hice un gesto para que entrara primero.

Salimos directos a desayunar, necesitaba mi café como agua de mayo.

—Hoy vamos a hacer un poco de shopping, es el último día en la ciudad y quiero llevarme algunos recuerdos, tenemos que consumir la tarjeta que nos dio para ello, así que aprovecha para comprar cosas.

—No suelo gastar dinero innecesario, me llevaré un imán para la nevera de cada lugar —le aparté la silla de la terraza del bar para sentarnos.

—Bueno, algo te regalaré y no podrás negarte —se encendió un cigarro y me dio otro a mí.

—No necesito regalos —la miré aguantando la sonrisa.

—Necesitas más amor —soltó con descaro provocando una sonrisa en mí.

—Estoy acostumbrado a ser solitario, no creo que tenga necesidad de eso —levanté la ceja.

—Entonces te quedarás como mi padre, dedicándote a trabajar, desde que murió mi madre cuando yo tenía cinco años, él no volvió a rehacer su vida, se ocupó de mí, además de mantener y crear ese imperio.

No sabía exactamente a lo que se dedicaba su padre, pero conociéndola, me lo contaría en breve así que me limite a escucharla y no preguntar.

Pasamos el día de tiendas, yo me compré un imán y un bolígrafo ya que había perdido el que llevaba para el viaje, aproveché y cogí uno de recuerdo de esa ciudad, ella, bueno, Mikaela iba cargada de bolsas, al igual que yo que se las sostenía la mayoría, el día fue de compras total y de conocerla un poco más, cada vez me contaba más cosas de su vida.

Capítulo 5



Cuarto día, Praga.

Esa mañana bajamos a desayunar y luego subimos a por la maleta, un coche nos esperaba para llevarnos a la estación de trenes donde cogimos uno para nuestra próxima parada, Praga.

—Me encanta viajar en tren —se sentó en ventanilla y yo igual, frente a ella, era de dos en dos, en esa primera clase.

—Debe ser divertido —tenía ganas de buscarle la lengua —Por cierto, hoy no me dijiste que estaba guapo —levanté la ceja.

—Ni te lo voy a decir —me hizo una burla.

—Pues entonces te pierdes que te piropee a primera hora de la mañana.

—Estás deseando decirme que estos leggins y esta camiseta me quedan genial, además mis deportivas son parecidas a las tuyas —me sacó la lengua y se recogió el pelo en una coleta.

—Me gustaba más el pantalón corto de color militar —volví a levantar la ceja.

—Desde luego, que tonto eres, hijo —su cara era de asco y me consiguió sacar otra sonrisa.

—Estás muy guapa —mi tono fue bajito y sincero.

—¡Te voy a comer! Al final me enamoro de ti y todo —gritó con descaro.

—Tampoco hace falta —giré los ojos.

—Eres muy mayor para mí, lo sé —sonrió con maldad.

—Bueno, segunda vez que me llama viejo, entre que me echaste más edad y ahora esto, te estás luciendo —crucé los brazos y la miré de forma intimidatoria.

—No, no te he llamado viejo, solo que hay una buena diferencia de edad —esta vez fue ella la que giró los ojos.

—Vaya, ¿Tan mayor me ves?

—Digamos que madurito...

—Ya...

—Pero no te preocupes, todavía tienes tu morbo —rio mientras lo decía.

—Entonces me quedo más tranquilo —levanté las manos.

El viaje era bonito, pese a ser yo un poco de aquella manera me gustaba ver todo el recorrido de ese tren, hasta las cuatro de la tarde no llegaríamos, así que pedimos unos sándwiches y unos refrescos.

—Sabes...

—Dime.

—Me apetece una noche emborracharme —se le escapó una carcajada.

La miré fijamente y negué con la cabeza.

—No sé yo sí será buena idea —la miré poniendo cara de preocupación.

—Ya, pero soy mayor de edad, mi padre solo quiere que me protejas y que no me pase nada, él sabe que de vez en cuando salgo y tomo alguna que otra copa, tengo veinticinco años, no soy una cría.

—Pues yo no podré beber...

—Claro que puedes, lo que no te puedes es emborrachar, yo sí, eres tú el canguro...

—¿Canguro? Pensé que venía de escolta - me crucé de brazos y giré los ojos provocando una carcajada.

Mikaela cada vez me caía mejor, con sus locuras, sus impertinencias, sus preguntas, su descaro, pero me iba cayendo mejor, no se le veía mucha maldad, ella era así, una niña mimada por su padre, con una vida que cualquier chica de su edad soñaría.

Por fin llegamos a Praga, esa ciudad sí que tenía ganas de conocerla, un chofer nos esperaba para llevarnos al hotel.

Esta vez era un aparta hotel, un pequeño apartamento con cocina, salón con su mesa y sillas además de un sofá gigante en forma de L, baño para los dos y dos habitaciones, además tenía una terraza impresionante a la plaza de la ciudad vieja.

Nos fumamos un cigarro en esa terraza, se veía toda llena de callejuelas, además era muy acogedora, llena de edificios, iglesias y el ayuntamiento de esa parte de la ciudad, un ir y venir de gente.

—Hoy no tengo ganas de salir, podríamos ir a comprar algo para preparar de cenar y quedarnos aquí viendo una película, podemos conectar mi portátil a esa tele.

—Usted manda, señorita —estaba apoyado mirando hacia la calle.

—¿Qué tipo de película te apetece? Además podemos comprar palomitas —estaba emocionada con la idea.

—Me da igual.

—Entonces una comedia romántica —aplaudió feliz y casi me ahogo con la tos que me entró —¿Algún problema?

—Ninguno, ninguno —reí tosiendo.

—No eres muy de creer en el amor...

—Mi muy ni nada —levanté la ceja y apagué el cigarrillo en el cenicero que había sobre la mesa —¿Nos vamos?

—Claro —se agarró con descaro a mi codo y salimos de allí.

Y no me soltó durante toda la compra, ni a la hora de pagar que era yo quién llevaba la tarjeta, iba hablándome emocionada de algunas películas cómicas que había visto y como se conocían, lo que pasaba, yo aguantaba mi sonrisa, era un caso aparte, pero me estaba haciendo mucha gracia con la felicidad que hablaba sobre ello.

Compramos refrescos, palomitas, chucherías, sándwiches ya preparados, patatas chip y nos subimos al apartamento, ella se puso un pantalón corto y una camiseta de tirantes, era un pijama de Disney, pero le quedaba muy gracioso, bueno, le quedaba de vicio, para que iba a mentirme, era su escolta pero no era de piedra y ella tenía un físico que llamaba la atención.

Y pusimos los sándwiches en la mesita que había delante del sofá, así como las patatas chips y los refrescos, mientras decidía que película poner, al final se decantó con una que decía que había sido muy taquillera y codiciada hacía años, una tal “La boda de mi mejor amigo” hasta me tarareó la canción que esa sí que la reconocí de haberla escuchado.

Cuando nos habíamos comido eso, recogimos y pusimos las chuches con las palomitas, si me

lo decían eso hacía unos días, no me lo creía, pasar de ser el chico malo que delinquía en la ciudad, a comer palomitas y pasear por el mundo con la hija de un millonario, cuidándola y compartiendo momentos tan inimaginables como ese, para reírse un mes era.

Pusimos la película, yo estaba sentado derecho con los pies cruzados encima del sofá, me relajaba mucho esa postura y ella, puso la peli y se tendió con todo su descaro y apoyó su cabeza sobre mis piernas.

—¿Te molesto? —preguntó una vez acomodada.

—Nada, tranquila, ponte cómoda —respondí con ironía.

Y nada, comenzó la película esa, al menos las protagonistas estaban de buen ver, pensé sonriendo mientras veía que ella se tocaba la barriga y la dejaba al descubierto.

¡Era hombre! ¿Como me podía pasar eso a mí? A ver que no sentía nada por ella, ni por ella ni por nadie, pero que era de carne y hueso, sensual era mucho, menos cuando abría la boca y parecía una niña de diez años.

Concéntrate Nicolás, me repetí mil veces, pero otra vez ponía mi vista en su barriga y sus piernas, nada que hacer, entre Mikaela, Julia Roberts en la película y Cameron Diaz que también era protagonista, solo veía bellezones por todos lados y uno sobre mis piernas y hacia tanto que no estaba con una mujer...

Bueno tanto, un mes que estuve una noche con Silvia, una chica que de vez en cuando me veía con ella, vivía unos terrenos más atrás del mío, sola, tenía una paga por enfermedad por su espalda y no trabajaba, muy guapa, congeniábamos bien, de vez en cuando iba, la visitaba y teníamos un momento sexual de esos que nos enriquecía por un buen tiempo.

Me pasé toda la película sin moverme y en tensión, la otra llorando en algunos momentos de risa y en otros de emoción, yo no me estaba enterando apenas de nada, solo veía piernas, barriga un escote de vértigo y las dos de la pantalla, además de una boda como trama y me enteraba de poco más.

Por fin la película termino y ella se incorporó y se sentó como yo, me entró un alivio tremendo en la pierna, no es que fuera cabezona, pero hora y pico aguantando en el mismo sitio, era un poco incómodo.

Se dejó caer en mi hombro y abrazó mi mano.

—Cuando veo esta película siempre termino triste —hizo como si fuera a llorar de nuevo poniendo su cara en mi brazo y encima antes de retirarla le dio un beso a mi hombro, me quedé sin saber cómo reaccionar pro lo vi un acto cariñoso, no provocador.

—No te preocupes, puedes llorar —levanté la ceja aguantando la risa sin que me viera.

Me abrazó se sentó sobre mí y me abrazó, yo me quedé con las manos abierta y poco a poco la puse en su espalda, sonreí, aquello era sub realista, así se quedó un rato y yo dándole golpecitos en la espalda ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Soy muy mimosa y no tengo aquí a mi amiga Carola, ni a mi padre, ni a Lina, que es la que cuida mi casa y me da mucho cariño, así que te toca consolarme.

Hombre, consolar eran palabras mayores, pensé riendo.

—Claro, yo te doy un abracito —seguí dándole palmadas en la espalda como si fuera un bebé.

—No sabes abrazar —se despegó poniendo sus manos en mis hombros, ahí sentada en medio mía, riendo.

—Bueno, no soy un experto, no —carraspeé.

—¿Nunca has amado a alguien como deseo o como amistad?

—Creo que no —reí suavemente mientras la miraba.

—Eres el hombre de hielo —giró los ojos y se tiró en mí, buscando otro abrazo, esta vez dejé los golpecitos y la apreté contra mi pecho, por momentos la veía como una niña que necesitaba afectividad y sentirse querida.

—¿Crees que soy así? —pregunté mientras apoyaba mi cabeza en su hombro.

—Creo que deberías de abrazar más y sentir a las personas, el contacto es importante y más cuando hay complicidad —vamos si me estaba diciendo que entre los dos la había, era para volverse loco, por un lado sí, además me llamaba mucho la atención su apariencia, pero luego, tenía cada cosa que le bajaba el instinto sexual a cualquiera y hacia ponerte a modo infantil.

—Te estoy abrazando ¿No?

—Sí, pero no transmites —rio despegándose y mirándome a los ojos.

—¿Y qué debería de transmitir? —le pregunté con una media sonrisa.

—No sé, ahora me estás tocando pero por obligación...

—No, espera, por obligación no, te tengo en mi falda y estoy más cómodo agarrándote por la cintura, no lo hago por obligación, llámale comodidad —fruncí el rostro y se echó a reír.

—¿Por qué aceptaste este trabajo? —me acarició los hombros en plan masaje, pero estaba a modo divertida, no se le notaba otra pretensión al menos en ese momento.

—No tenía nada mejor que hacer —la apreté contra mí, no era mi intención pero me salió solo, le di un abrazo y besé su hombro.

—Vaya, ahora sí me has abrazado de verdad —besó mi cuello mientras me abrazaba con fuerzas. ¿Sabes qué?

—Dime.

—Hace mucho tiempo que no abrazaba a nadie —se sinceró, se echó un poco para atrás volviendo a agarrar mis hombros y mirándome a los ojos, noté como si se fuera a echar a llorar.

—Mikaela, estás bien —la apreté por las caderas por donde la tenía sujeta.

—No, pero quiero estarlo —comenzó a llorar.

—Eh ¿Qué te pasa? —comencé a secar sus lágrimas con mis dedos, mientras acariciaba su cara, era de hielo sí, pero tenía sentimientos y no me gustaba verla así.

—Qué tengo una vida de mierda, controlada por mi padre y que yo pensaba joderte el viaje —no dejaba de llorar.

—¿A mí? —no entendía eso.

—Sí, mi padre me mintió, me prometió este viaje si sacaba la carrera que él quería, cuando lo logré me impone que venga con seguridad privada o no me lo pagaba, además tiene la agilidad de bloquearme las tarjetas cuando le da la gana, así que acepté convenciéndome a mí misma de que te aburriría y me dejarías sola, no soy una masticable chicle, ni mucho una niña repelente —estaba alucinando mientras la escuchaba —pero al final me caíste bien, me hacía mucha gracia tu ironía y me di cuenta que podías ser un gran compañero de viaje, hasta te he cogido un poco de cariño.

—¿Y dónde está el problema entonces? Ya sé entonces que eres payasa, pero no repelente, encima me consideras buen acompañante y no vas a seguir intentando sacar lo peor de ti para que yo pierda los nervios y me vaya.

—Tampoco dije eso —rio mientras lloraba —de vez en cuando cogeré mi rol de niña pesada —se cruzó de brazos causándome una risa —pero quería que supieras que no soy así, solo estoy condenada a vivir bajo merced de mi padre hasta que consiga independencia económica, pues si no hago lo que él dice, jamás me ayudará y como yo paso de seguir así, me buscaré la vida para comenzar a trabajar e intentar vivir mi vida.

—Te entiendo —la pegué más a mí y la abracé, me causó un poco de pena verla así.

—Prometo que me portaré bien el resto del viaje —volvió a besarme, esta vez en la mejilla.

—Bueno, ahora nos vamos a ir a descansar y mañana recorreremos esta preciosa ciudad.

—Venite a dormir conmigo quiero abrazarte —su tono era de niña, ese que le salía por tanta carencia, era débil, disfrazada en un modo seguro que no le pertenecía.

—No creo que debiéramos...

—¿Quién nos va a ver? —jaló de mí y fui tras ella, nos metimos en su cama y se dejó caer en mi pecho.

Un mal rato el que pasé, rezaba por que aquella cosa, mi cosa, no se levantara, pero el contacto de su piel, su precioso olor, sus roces...

En algún momento por fin me quedé dormido, con esos pensamientos que no dejaban de azotarme en la cabeza.

Capítulo 6



Quinto día, Praga.

—Buenos días —se pegó a mi cuello y me dio un beso.

—Buenos días, Mikaela —la abracé y se lo devolví en la mejilla.

—¿Me has echado de menos? —su tono añorado cuando estaba mimosa me hacía ya hasta gracia.

—Sí, un montón —ironicé —estaba luchando con el sueño para levantarme y verte —le hice cosquillas y se echó a reír.

Se tiró encima de mí y me abrazó.

—Dame un abrazo de oso —decía mientras se reía.

—Marchando un abrazo de oso —la abracé con fuerzas.

—Y ahora dame un beso muy muy fuerte sí quieres que te deje levantarte —me miró sonriente.

Le besé la frente con mucho cariño, a estas alturas de mi vida actuando así y lo peor de todo es que me sentía cómodo y feliz por ello, me sacaba una parte de mí que desconocía.

—Te he engañado —dijo acomodándose más entre mis piernas, quedando en medio sobre mi pecho tirada.

—¿No me vas a dejar levantarme?

—No —se mordió el labio.

—Vaya y yo que tenía ganas de ir al baño...

—¡Te acompaño! —exclamó soltando una carcajada.

—No mujer, tampoco hace falta - giré los ojos, me lo estaba poniendo muy difícil y mis manos en su espalda me estaba causando demasiado instinto.

—¿Temes que vea tu lagartija? —preguntó mientras soltaba una carcajada, pero su tono encima era con poca picardía, al menos me daba esa sensación.

—Nada, un gusanillo de nada —levanté la ceja y le saqué la lengua.

—Hombre, el hombre de hielo ya gesticula —me dio un beso en los labios y salió corriendo al baño.

Pero bueno ¿Y eso? Me pregunté alucinando, eso no podía ser, yo estaba trabajando y me lo estaba poniendo realmente difícil, lo peor de todo es que no podía quitar la sonrisa de mi cara, no había sonreído tanto en toda mi vida, mi rostro serio era el mejor certificado de mi cara y ahora, ahora estaba comenzando a sonreír...

—Te toca —salió graciosa de la ducha con una toalla alrededor de su cuerpo.

—Vaya, muy amable —sonreía mientras hacía el gesto de negación con la cabeza.

—¿Me vas a devolver el beso? —se quedó cortando el paso en la puerta del baño, yo tenía mi

ropa en la mano pero la pegué contra mí agarrándome a su cintura y la besé, luego sonreí y le hice un gesto de que me dejara paso —Quiero otro —se cruzó de brazos.

Tiré la ropa al suelo la cogí en brazos y ella me rodeó con sus piernas mientras reía como una adolescente divertida, me senté en el filo de la cama y ella sobre mí, metí las manos por debajo de la toalla para agarrarla por el culo y la besé, a la mierda todo, ya no me podía resistir, ella me siguió con su lengua juguetona mientras notaba su parte contra mi miembro y podía tocar ese cuerpo que estaba desnudo, me agarré bien a sus nalgas y la besé con más intensidad.

—¿Ya? —pregunté mientras soltaba el aire, no podía ir más allá, por lo menos por ahora, así que intenté bromear y escapar al baño.

—Nico —escuché cuando estaba entrando y me giré.

—Mira lo que te has perdido —abrió la toalla en plan divertida y la volvió a cerrar.

Negué con la cabeza sonriendo y me metí en el baño.

¿Como me estaba pasando eso a mí? Lo peor de todo es que estaba deseando tocarla profundamente, penetrarla, lamer cada rincón de su piel, ese que había acabado de descubrir que no contenía un solo bello, tenía un cuerpo espectacular, me duché con agua bien fría sin poder quitar la imagen de mi cabeza.

Cuando salí ya listo para irnos ella estaba sentada en el sofá con un vestido de cuadrados pequeños en celeste sobre fondo blanco, de tela, tirantes gruesos, escote cuadrado, a medio muslo, le quedaba de muerte.

—Estás muy guapa —dije sonriendo mientras la señalaba con el dedo y terminaba de secarme el pelo con esa toalla que luego lancé al baño.

—Pues parece que no te gusto mucho —se levantó riendo y se sentó encima de la mesa y me empujó a ella, poniéndome entre sus piernas.

—Mikaela... —hice un intento de recordarle que yo estaba ahí trabajando, pero me lo seguía poniendo muy difícil.

—Tengo un trauma... —dijo divertida agarrando mis hombros mientras yo la sujetaba por las caderas.

—Dime... —giré los ojos causando una risa en ella.

—Me parece que no te gusto —hizo un gesto de tristeza, a modo bromas.

Le di una palmada en el culo y la besé.

—Praga nos espera —la cogí de la mano y la saqué de allí.

Fuimos a desayunar, estábamos en pleno centro, pero nos sentamos en la primera cafetería que vimos, estaba bien llena y se veían unos desayunos deliciosos, así que nos sentamos en la terraza.

—Nico...

—Dime —respondí mientras me encendía el cigarro, nos habían acabado de traer el desayuno.

—Este es el viaje de mi vida...

—Y el mío, y el mío —solté una leve risa.

—Quiero vivirlo al máximo y no quiero que nada nos cohiba —su frase me estaba empezando a poner nervioso y carraspeé —Podemos disfrutar de él al máximo, sin que nada ni nadie nos pueda retener.

—Nada nos está cohibiendo —me hice un poco el despistado.

—¿Y si nos dejamos llevar lo que dure el viaje? —preguntó divertida, me estaba gustando demasiado ese tono aniñado que se echaba para causar atención.

—¿No lo estamos haciendo?

—Mi padre no se va a enterar de nada, tengo veinticinco años, esto será un trabajo hasta que

termine el viaje, pero estamos solos...

—No te entiendo —claro que lo estaba haciendo pero quería seguir escuchándola.

—Que podemos pasarlo bien, hijo —resopló y soltó una carcajada con ese humo de la calada que había acabado de dar.

—Creo que nos estamos dejando llevar...

—Promete que no te negarás a nada de lo que desees por pensar en mi padre, o en el trabajo, prométeme que disfrutaras del recorrido y harás todo lo que te apetezca y quiero que nos sintamos libre al cien por cien, luego imagino que cada uno retomara su vida y todo se quedará en un bonito recuerdo.

—Claro —me estaban entrando calores —de todas formas fui contratado por Manuel, no conozco a tu padre —hice un guiño provocándole una carcajada.

—Esa es la actitud —me tiró una servilleta y se echó a reír.

Quise cambiar el tema, la verdad es que la estaba cagando, pero llevaba toda mi vida haciéndolo, ahora tenía un viaje por delante que quedaría grabado en mis retinas para toda la vida, además de Mikaela, que me gustaba y mucho, estaba loco por perderme en ese cuerpo y disfrutar de él, eso era lo que más azotaba mi cabeza.

Desayunamos entre bromas y cuando comenzamos a pasear se dejó caer en mi hombro cogiéndome por la cintura, yo le eché la mano por el hombro, en el fondo me encantaba esos momentos de contacto con ella, me estaba causando una sensibilidad que desconocía en mí.

—Eso se llama la Torre de la Pólvora —dijo señalando a un puente con esa torre que marcaba la entrada a la parte de la ciudad vieja.

—Interesante —sonreí dándole un beso en la cabeza y vi como ella sonreía feliz, le encantaba hacer de guía.

Ese día paseamos un montón, de la mano, agarrados, con un montón de miradas cómplices y un montón de momentos divertidos, además conocimos el Castillo de Praga, el Puente de Carlos y muchas cosas más que me explicaba felizmente cuando nos encontrábamos ante ella.

Cenamos y todo en la calle, pero luego de terminar nos fuimos para el apartamento, el día había sido precioso, pero muy largo, habíamos salido temprano.

Entró al baño y yo aproveché para ponerme el pantalón gris corto de algodón y una camiseta blanca y cuando ella salió...

—No hombre, no, a mí no me puedes hacer eso —reí mirándola con un precioso camisón de alta lencería, en negro, super elegante pero provocadora, el pecho era de encaje y dejaba ver un poco ese pecho, además que le daba un forma de lo más tentadora, de largo hasta el bajo de las caderas y fruncido un poco en la boca del estómago, lo que la hacía más sexy aún.

—Me lo compré esta mañana cuando entré a Victoria Secret ¿te gusta? —preguntó poniendo una pierna delante de la otra en plan modelo.

—Ven —dije sonriendo y ella se acercó sonriendo, como una adolescente deseando que pase algo que en el fondo le da vergüenza.

Se acercó a mí que estaba apoyado sobre la mesa del salón, le puse las manos en la cadera y abrí mis piernas para pegarla a mí, ella se tocaba el pelo con esa preciosa sonrisa.

La miré sin hablar, sin dejar de sonreír, veía como la ponía nerviosa, mis manos estaban acariciando y apretando sus nalgas mientras notaba que mi miembro comenzaba a venirse arriba y ella lo estaba notando.

—¿Estás segura? —pregunté en tono calmado, con la respiración agitada.

—Sí —sonrió en plan avergonzada.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro —su gesto era de intriga.

—¿Con cuántos hombres te has acostado? —no sabía por qué pero quería tener la información, quizás para poder actuar de la forma más adecuada.

—Solo con uno, fue mi novio durante dos años, pero terminamos cuando yo tenía veinte —dijo avergonzada.

—¿Hace cinco años que no tienes relaciones? —pregunté impactado.

—Más o menos, luego no tuve tiempo de pensar en hombres durante la carrera —se encogió de hombros.

—Entendido —solté el aire y la moví contra mi miembro para que se rozara un poco y soltó un gemido.

—Como eso sea como me imagino —se mordió el labio y soltó el aire, se le notaba que estaba excitada.

—Tranquila —reí respirando excitado, sus nalgas en mi mano y su cuerpo pegado a mí, me estaba poniendo a mil, moví mi parte para volverle a causar otra excitación.

Y volvió a gemir, sabía que se estaba poniendo a tono, eso me gustaba, yo estaba ya deseando atacar, pero tenía claro que iría poco a poco, hoy sería muy comedido e intentaría ser un poco recatado a la hora de actuar, la estimularía un poco para darle placer y luego lo haría de la forma más liviana posible, no quería asustarla.

La besé con deseos, jugueteé con sus labios mientras notaba como se movía buscando el contacto con mi miembro y soltando gemidos de placer.

Le di la vuelta y la puse de espaldas a mí, le bajé las bragas y le quité el camisón, me senté un poco atrás de la mesa e hice que se sentara en el filo, entre mis piernas, de espaldas a mí.

Apoyó su cabeza en mi hombro, yo la rodee con mis manos y puse una entre sus piernas, con la otra mano separé su muslo un poco para que quedara más abierta.

—Si te lastimo me lo dices ¿Vale? —pregunté como gilipollas, cuando normalmente las veces que me veía con mi vecina era lo más brusco y violento, se me iba la cabeza con el sexo y ahora estaba ahí, con cuidado y preocupado porque se sintiera bien ¡Para matarme! Pero es que la veía como algo frágil que tenía que proteger.

—No te preocupes, no es que tenga mucha experiencia pero tampoco soy una monja —apretó mi pierna mientras seguía echaba hacia atrás con su cabeza en mi hombro.

—Voy con cuidado de todas formas —dije con la respiración agitada y metiendo uno de mis dedos por su zona íntima, me sorprendió lo cerrado que se notaba aquello, tenía que entrar mi pene por ahí, así que tenía que estimularla bien, pero con cuidado.

Con la otra mano acariciaba su pecho que la mantenía cruzada en su cuerpo, ella se contraía, pero me facilitaba que la tocara por dentro para ir dilatando aquello.

Saqué el dedo y lo puse apretando sobre su clítoris y comencé a masajearlo, comenzó a gemir y excitarse mucho, aproveché para meter la otra mano y meterle dos dedos, le costó aguantarlo, se veía que se doblaba y yo intentaba sujetarla, pero poco a poco se calmó y dejó que la tocara libremente en su interior mientras se tiraba de nuevo hacia atrás y con mi otra mano comencé a tocar de nuevo su clítoris.

Conseguí que se corriera, desfalleciendo en mis brazos, intentando recuperar fuerzas, me encantaba verla ahí tendida mientras yo aprovechaba para acariciar sus pechos, esos que me encantaban tenían el tamaño perfecto y estaban de lo más suave, estaba deseando hacerla mía,

pero le estaba dando tiempo a recuperarse.

La incorporé y me la lleve a la cama, la tiré ahí mientras ella sonreí cansada por ese orgasmo, le abrí las piernas y la fui introduciendo poco a poco, ella se agarró con fuerzas a las sabanas, yo iba con toques cortos, saliendo y entrando, paraba cuando veía que ella se contraía mucho, cada momento iba notando como eso se iba abriendo y quedando más flexible, dejándome moverme con más libertad y haciéndoselo mientras veía su rostro de placer, sonrojada mirándome, aquello fue de lo más liviano que había hecho, pero de uno de los momentos que más había disfrutado.

La saqué y la llevé al baño, nos duchamos abrazados, bromeando, ella estaba a modo tímido, había conseguido ruborizarla y eso me encantaba.

Me puse solo la camiseta y los calzoncillos, ella solo las bragas, se dejó caer en mi hombro y la abracé, así nos quedamos dormidos.

Capítulo 7



Sexto día, Praga.

—Buenos días —la pillé mirándome mientras dormía.

—Buenos días, Nico —se acurrucó más a mí.

—¿Qué tal has dormido? —la besé en la frente mientras la abrazada.

—Genial —su tono era melancólico y besó mi pecho.

—¿Con ganas de desayunar?

—No, con ganas de estar así —noté tristeza en ella.

—Mika —la nombre con cariño —¿Qué te pasa? —le agarré la cara para que me mirara.

—No sé, me siento muy bien ahora —volvió a besarme y a apoyar su cabeza.

—¡Entonces! —le hice cosquillas.

—No quiero dejar de sentir la felicidad que siento, no es amor, no te creas que me enamoré de ti —se ponía nerviosa y reía mientras hablaba —pero estos abrazos, el pasear en contacto con alguien, hacía mucho que no lo sentía y estoy emocionada —lloró.

—A ti te han hecho mucho daño —la abracé contra mí, me causaba un nudo en la garganta, me eché más para abajo y me puse a su altura, doblado, mirando hacia ella.

—He tenido todo y he estado vacía —se refería a que habían vivido con un alto nivel económico pero que en cuestión de afectividad había sido inexistente.

—Te entiendo, ahora te sientes refugiada.

—Sí, pero si hubiera sido otro el que estuviera aquí, esto no hubiera sido lo mismo, ni estaría esto pasando... Eres tú, tienes algo que...

—No soy como crees —reí —No hace falta que te expliques, te entendí —jugaba con mis dedos acariciando su pelo —Vamos a salir a desayunar, a pasear por la ciudad, a coger aire, es bueno para que te sientas mejor, hazme caso.

—Quiero estar aquí contigo —miraba con gesto triste.

—Vas a estar conmigo, pero vamos a salir un rato —la abracé y la puse entre mis piernas, encima de mí, mirando esa cara que hoy tenía unos ojos que emitían mucha sensibilidad.

Se movió con una media sonrisa para notar mi miembro, metí mis dedos en sus bragas y la empujé hacia abajo con mi pierna, luego la levanté un poco para quitarme los calzoncillos.

—Ven —la puse de forma que quedara su zona sobre mi miembro, le abrí los labios un poco para que quedará bien pegada a él —Muévete un poco —dije para que ocasionara ese contacto de mi miembro con su clítoris, estaba sentada sobre mí y comenzó a moverse encontrando el placer, yo la sujetaba por las cadera y le tocaba los pechos a cada momento, ella se movía más desesperada, comenzaba a jadear muy seguidamente.

Echaba furia por la boca, gritaba queriendo llegar al orgasmo con ese roce y yo la ayudaba empujando un poco hacia sus movimientos, cayó en mí tras un gemido largo de placer.

—Muy bien preciosa —la abraza y besé el hombro.

Estaba deseando meter mi cabeza entre sus piernas y absorber eso que salía fruto del placer, me volvía loco su triangulo, sus labios vaginales, me perdía en la imaginación, fantaseaba con jugar con ella de mil maneras, pero aún era pronto, tenía claro que tenía que tener paciencia e ir poco a poco, hasta llevar a ese cuerpo a perderse en el vicio del sexo.

Se tiró hacia el lado boca arriba y se puso las manos en el pecho y soltó de nuevo el aire.

—Me he quedado sin fuerzas —rio y yo me giré hacia ella y me puse de lado.

Coloqué mi mano en su barriga y la acaricié mientras ella miraba sonriente al techo, yo aproveché para bajar con mi mano a su zona íntima, ella al notar que iba llegando abrió sus piernas, me encantaba esa iniciativa, esa naturalidad, no dudé en meter ese dedo lentamente en su vagina y ella comenzó a respirar de nuevo de forma agitada.

Jugueteé un poco, luego le metí el segundo, esta vez se iba viendo más libre su interior, era menos hermético.

Era increíble que la notaba relajada mientras la tocaba, era como si se concentrara y dejara su cuerpo flácido, era como que ya se había adaptado a sentir mis dedos en su interior.

Los saqué, me puse un preservativo y me puse entre sus piernas, le levanté las caderas y sujetándola la penetré, esta vez entré más rápido, ella produjo un pequeño quejido de dolor pero fue corto y rápidamente comenzó a gemir, me fui moviendo poco a poco, luego más rápido, pero sin prisas, tampoco quería ser eufórico, con ella sentía que debía ir con tacto.

Cuando terminé ella me dio varios besos en los labios con muchas ganas, se le veía feliz, cariñosa, me la llevé a la ducha y nos preparamos para salir a pasear, Praga tenía mucho que proporcionar y yo quería disfrutar de ello.

Me cogía de la mano todo el tiempo y me daba muchas muestras de cariño, yo la llevaba haciéndola sentir segura, me encantaba protegerla, en el fondo estaba en un rol de ternura y tensión sexual con ella, que me descolocaba, pero me arrastraba a ello.

Se paró ante un chico que estaba haciendo pulseras de cuero, elaboradas muy minuciosamente, cogió dos trenzadas y me pidió que le pusiera una, luego me colocó la otra a mí, me hizo mucha gracia, a mí no me gustaba llevar nada, pero esa, esa tenía algo especial.

Comimos, paseamos y me contó muchas cosas sobre su vida universitaria, me sacó muchas sonrisas, la verdad es que ella era todo aquello que nunca había tenido en mi vida y no me refiero a modo sentimental, sino como conocida, brillaba con luz propia y daba muchas alegrías a lo largo del día.

Por supuesto ese día hizo de guía, hombre por favor, faltaría más, además ya me había acostumbrado a escuchar sus explicaciones sobre los monumentos y edificios más importante de las ciudades.

Llegamos al apartamento a las diez de la noche, cansados, ese día habíamos dado una buena caminata, habíamos cenado una ensalada, teníamos ganas de estirarnos en el sofá un rato y luego irnos a dormir.

Se quitó la ropa, se puso una camiseta de tirantes de pijama por encima y se quedó en bragas, estaba preciosa, sensual, era un amor de niña, solo tenía veinticinco años, tampoco tenía la experiencia de una mujer, pero estaba en ese punto que la hacía especial.

Me senté en el sofá estirado hacia atrás y ella se sentó encima mía de espalda, me la comía con esa soltura que tenía, puso su cabeza sobre mi hombro y la abracé, metiendo mi mano por

debajo de su camiseta y acariciando sus pechos.

—¿Te has acostado con muchas mujeres? —preguntó ahí relajada mientras yo la acariciaba.

—Con bastantes...

—¿Y has tenido alguna relación seria?

—No —reí mientras me recreaba en esos pezones que se endurecían para mí.

—¿Qué es lo más fuerte que has hecho en el sexo? —me sonó a la típica pregunta de una jovencita de su edad y me hizo gracia.

—No es fuerte, cada cosa tiene su momento, también depende mucho de la persona.

—¿Para qué?

—Para actuar de una manera u otra, de todas formas —le mordí el cuello —se acabaron las preguntas por hoy.

Se giró y se sentó de cuclillas sobre mí.

—¿Y conmigo como actúas? —siguió preguntando a modo curiosidad.

—Voy con cautela, estoy disfrutando de ir poco a poco, aún nos quedan muchísimas horas juntos.

—El tiempo pasa volando —giró los ojos y se rio.

—Tienes razón, pero quedan tres semanas —la abracé y la moví un poco encima de mi miembro y a ella eso la enloquecía, le gustaba moverse mirándome sonriente —A mí me produces mucha seguridad, me encanta estar entre tus brazos —su tono era jovial, me encantaba, seguía moviéndose y buscando el placer.

La levanté un poco, la desnudé y yo me quite todo también, volví a sentarla ahí, ayudando a quedar mi miembro resguardado en sus labios para que volviera a tener mayor contacto y disfrutara frotándose contra mis partes.

—Yo no hacía estas cosas con mi ex —dijo riéndose mientras disfrutaba.

—Vaya —sonreí.

—Solo era hacerlo y ya, nunca me tocaba ni jugaba conmigo —le salían los gemidos.

La cogí y la puse sobre el sofá con las piernas ligeramente flexionadas y la abrí lo que pude.

Puse mi cara entre sus piernas y comencé a lamerla con cuidado, ella comenzó a respirar con agitación más fuerte y a gemir sin privarse de chillar, yo mordisqueaba la zona, introducía mi lengua en su cueva y luego lamía su clítoris, ella estaba doblada de placer.

Le puse mis dedos y comencé a hacer círculos mientras los otros se los introducía en el interior, ella estaba cada vez más excitada hasta que llegó al orgasmo y la lamí de nuevo mientras sus piernas le temblaban, estaba chorreando, había disfrutado y eso me encantaba, poco a poco iba consiguiendo más, sin prisas, llevándola a aquello que yo quería llegar y sabía que disfrutaría mucho.

La dejé que se repusiera mientras acariciaba su barriga, sus pechos, su entrepiernas, me encantaba acariciarla, me gustaba que se sintiera así de cómoda conmigo.

La levanté y la apoyé sobre la mesa, la senté en el borde y entré, se abrazó a mí con fuerzas y me moví con intensidad, cada vez perdía más el control y buscaba ese punto de fogosidad que me llevaba a moverme sin medir los tiempos, buscando el placer de los dos de una manera más descomunal.

Capítulo 8



Séptimo día, Praga.

Desperté y seguía dormida, ahí desnuda boca arriba con su mano agarrando mi brazo, la solté con cuidado.

Me puse boca bajo entre sus piernas, la abrí y se estiró, comencé a lamerla, con ella quería sexo y más sexo, el olor de su piel tan fresco me pedía que me recreara con ella.

—Buenos días, guapo —dijo estirándose mientras abría sus piernas para dejarme más fácil el acceso.

—Buenos días, preciosa —sonreí y le mordí los labios.

Se dobló quedando totalmente abierta ante mí, me volvió loco ese gesto y esa apertura donde veía todo a la perfección.

Metí dos dedos a la vez que lamía su clítoris y comenzó a jadear de placer, se doblaba más pero sin dejar de abrir las piernas, aquella parte era para jugar y hacer mil cosas, pensé en que ese día le iba a dar una pequeña sorpresa y otra sensación al sexo, pero eso sería por la noche.

La hice que se corriera de manera brutal, luego le di la vuelta y la hice poner a cuatro piernas, le metí el pene y comencé a hacérselo de forma ligera, un poco más brusca, se apretaba hasta el bajo vientre de la sensación que le producía, yo la tenía bien enganchada por las caderas.

Cayó rendida cuando me corrí y la levanté y me la llevé a la ducha.

Era nuestro último día en la ciudad, al día siguiente cambiábamos de destino, así que paseamos, compramos recuerdos y por la tarde entramos a un super a por unos sándwich y ya miré algo que tenía pensado.

Me paré ante los geles estimulantes y eróticos, ella se sonrojó y puso su cara en mi hombro, cogí varios de ellos inclusive un anillo vibrador que se veía de muy buena calidad.

—¿Todo eso es para mí? —estaba sonrojada.

—Luego te voy a dar un masaje ¿Te apetece?

—Claro, ya sabes que estoy abierta a todo —sonrió y cogió la llamada al padre, se salió y me quedé ahí terminando de comprar, aproveché para comprar un vibrador vaginal medio, quería empezar a avanzar un poco más y la actitud de ella invitaba a hacerlo, al final terminé cogiendo algunas cosas de más. Me lo pusieron en una bolsa cerrada y en la otra los sándwiches y refrescos.

Salí y ya colgó la llamada.

—¿Qué has cogido? —estaba curiosa y nerviosa al ver la bolsa cerrada.

—Ahora te lo enseño en el apartamento —le cogí la mano mientras le hacía un guiño.

Llegamos y se cambió del tirón al igual que yo, se puso un camisón muy sensual pero no de

lencería, más cuqui, como ella decía.

Se sentó en lo alto de la mesa, abrió un sándwich y comenzó a comerlo mientras revisaba la bolsa con las cosas que había comprado.

—Alucino ¿En serio? —me miraba con cara de impacto mientras sonreía.

—Sí quieres...

—Claro, me recuerda a los libros que leo, faltan las esposas —rio.

—Eso se puede arreglar con cualquier cosa, pero aún no quiero llegar a ese extremo, me fio más de dejarte libre —le toqué la nariz y cogí un sándwich.

Me apoyé en la mesa donde estaba sentada, a su lado, estaba riquísimo, era de pollo y tenía una serie de ingredientes que le daba un sabor especial.

Terminamos de cenar y recogimos aquello, le cogí la mano y me la lleve a la cama, le quité el camión y las bragas, la abracé mientras la besaba con pasión y deseos y la hice que se tumbara en la cama, quería hacerle un masaje y dejarla relajada.

—Nico ¿Lo hiciste alguna vez por detrás? —preguntó mientras estaba en la cama tirada, de lo más sexy, sonriendo de forma picara.

—Sí —me salió un tono bajo y ella se puso las manos en su cara.

—Eres mi ídolo —rio —A mí me da miedo pero me gustaría intentarlo, lo leí en muchos libros.

—Eres muy lanzada —sonreí mientras negaba, mi ídolo era ella, tan sensual, aniñada y atrevida.

—No lo vamos a intentar aún, pero poco a poco si quieres te preparo para ello —me eché el gel sobre las manos y comencé a extenderlo por su cuerpo.

—Ya sabes que te he dicho que pienso de disfrutar al máximo y me fio de ti, quiero disfrutar de todo —se movió divertida mientras yo la acariciaba.

—Es bueno saberlo —mis manos comenzaron a bajar y me senté frente a sus piernas, las estiré para pegarla a mí.

Le metí los dedos con ese gel y ella se movía de placer, me encantaba verla así, me coloqué el anillo, lo puse en su clitoris y comenzó a vibrar, ella chillaba a la vez que luchaba para no cerrar las piernas, siempre me las mantenía bien abiertas, en ese momento aproveché para sacar los dedos, impregnar un poco de gel que tenía en pegote en su barriga y puse dos dedos con ello en la entrada de su orificio trasero y comencé a jugar, pero sin llegarlos a meter, mientras ese vibrador hacia su efecto y ahora sí que ella al notar eso comenzó a venirse arriba hasta que se corrió.

No me había dado lugar ni a meter aquel vibrador vaginal que había comprado, pero había más momentos.

Fui a lavarme las manos y cuando salí estaba doblada durmiendo, sonreí y me fumé un cigarro, quería por un lado despertarla y hacérselo como siempre, pero por otro lado me daba cosa, la veía tan cómoda que preferí dejarla dormida.

Guardé todo en la maleta, a la mañana siguiente nos íbamos, así que deje todo más o menos preparado.

Capítulo 9



Octavo día, Santorini.

Se tiró encima mía tal como abrió los ojos antes de que sonara el despertador, ese día salíamos hasta Santorini, una isla griega que decían que era espectacular.

—Buenos días, preciosa —le di un beso en la boca, estaba encima mía y ya me había encendido.

—Perdón, anoche me quedé dormida —me dio un beso en la boca.

—Tranquila, dormiste satisfecha y ese era mi objetivo —la abracé con fuerzas.

—Quiero probar el vibrador, que no se me olvidó —su tono era aniñado y bromista, pero lo estaba deseando.

—Eso en Santorini, ahora tenemos que ducharnos e ir a desayunar, el chofer estará en breve.

—Un poquito —se movió rozándose con mi pene, provocando una erección inmediata.

—En Santorini —sonreí y la apreté haciendo que se moviera más y jadeara.

—Me encantó anoche, ese juego por detrás —jadeaba de placer con la voz entrecortada.

—Esta noche jugamos otro poquito —le hice un guiño.

Comenzó a moverse de forma descontrolada, estaba loca por llegar a su placer, ese que buscaba con el roce de mi miembro y que tanto le gustaba, cuando se corrió la abrí y le metí el miembro, ya no podía más, le di con constancia, firmeza y de forma sincronizada, volvió a correrse a chillidos, nos debían de escuchar en todo el edificio, pero me encantaba que no se privara de eso.

Nos fuimos a la ducha y al poco tiempo se agachó y comenzó a lamerme, eso no me lo esperaba, además lo hacía de muerte, comencé a soltar el aire y a soltar gemidos, la aparte cuando me fui a correr y sin dejarme respirar me abrazó con fuerza.

Nos fuimos a desayunar e inmediatamente nos metimos en el furgón que nos recogió para llevarnos al aeropuerto donde facturamos y al poco tiempo ya estábamos montados en el avión rumbo a Santorini.

En el vuelo estaba de lo más cariñosa, no parecía esa chica que se abría ante mí sin poner pretextos ni prejuicios, me gustaba esos dos lados de ella, el sensual y el meloso, pues eso era, una melosa cariñosa que buscaba todo el afecto del mundo.

Durante el vuelo se puso juguetona, no paraba de besarme, ponía mi mano entre sus piernas, pero yo le acariciaba sus partes y la sacaba, no quería montar allí un número, pero notar su humedad me ponía como una moto.

Llegamos a la isla y nos recogió un coche, aquello ya era sol, era vida, olía a mar, ese que nos rodeaba por todos lados, ella estaba de lo más feliz.

Un precioso hotel sobre una pendiente que llevaba a una cala, con unas preciosas vistas, la habitación con una terraza mirando al mar, aquello era el paraíso.

Esa habitación me encantó, el aire más paradisíaco, los muebles blancos, esa terraza con dos hamacas, no sé aquello era especial.

Nos trajeron una botella de vino que habíamos pedido, ya habíamos comido en el avión, así que queríamos sol y relax.

Brindamos y se sentó en mi regazo con ese precioso bikini blanco que le quedaba de muerte, sin tirantes, estaba preciosa, tenía mis manos sobre sus muslos y la acariciaba mientras disfrutaba del vino y del cigarro.

—Es una pasada, no hay nadie en la cala —dije mirando hacia abajo.

—Le costó una pasta esta habitación, la elegí yo, pero quería tres días de relax y privacidad, buena elección hice.

—Si que la hiciste —le apreté contra mí y la besé —ahora nos vamos a dar un baño, el mar invita a adentrarse.

—Quiero mi vibrador —dijo mordéndome el labio.

—¿Ya? —levanté la ceja.

—Un poquito —hizo el gesto con los dedos provocando una risa en mí —Tráelo con un poco de gel, anda —le di un beso con fogosidad.

Allá fue contenta de la vida y apareció con el vibrador lavado y un gel caliente que aún no había probado, lo puso sobre la mesa, se quitó el bikini y se tiró de espaldas ante mí, con sus piernas por fuera de las mías, su cabeza apoyada en mi hombro, con esa naturalidad que me volvía tan loco.

Le puse gel al vibrador y con mi mano busqué su entrada, ella se abría más y se acomodaba, me encantaba, es que me volvía loco su actitud, le fui metiendo el aparato poco a poco pero costaba, a pesar de ir con lubricante, se notaba que me había pasado un poco con el tamaño, ella se quejaba levemente pero se volvía a relajar para que yo lo metiera sin problemas.

Había quedado muy justo y me daba un poco de cosa ponerlo a vibrar, pero ella me dijo que le diera sin problemas, así que lo encendí y ella se contrajo de la sensación, la intenté relajar para que volviera atrás y rápidamente lo hizo, pero no paraba de gemir, con mis dedos le toqué el clítoris y eso la volvió más loca, se corrió rápidamente, tenía demasiada facilidad.

Le saqué el vibrador con cuidado y la levanté un poco, me bajé el pantalón me puse el preservativo y la senté sobre mi pene que la fui introduciendo poco a poco, luego comenzó a saltar con ayuda de mis manos, estaba de espaldas a mí y eso me estaba volviendo loco, se movía sin tregua y me corrí rápidamente.

La dejé un poco descansar en mi regazo y luego nos vestimos y bajamos a bañarnos.

El agua estaba deliciosa, la cogí en brazos para que flotara agarrada a mi cintura mientras nos deshacíamos a besos, eran unos momentos preciosos y yo estaba disfrutando a tope de aquel viaje y de su compañía, había conseguido sacar de mí emociones que antes no había conocido y eso que solo tenía veinticinco años y muy poca experiencia.

Por la noche nos fuimos tomar unos vinos por esa isla, pequeña pero preciosa, con unas vistas increíbles y un ambiente que era impresionante, nos dio las dos de la mañana tomando vinos, riendo, buscándonos la boca y repitiéndome mil veces que estaba loca por que la tocara, a mí me encendía a cada momento, vivía en una constante tensión sexual, pero esa noche, esa noche caímos rendidos, íbamos demasiado bebidos, que cuando nos echamos en la cama, nos quedamos dormidos.

Capítulo 10



Noveno día, Santorini.

Escuché a alguien hablando con ella en el pasillo, me levanté rápidamente y vi al chico del servicio de habitaciones llevando una bandeja con el desayuno a la terraza.

—Qué sorpresa —dije besándola y viendo todo aquello ante aquella impresionante vista que tenía nuestra terraza.

Me encendí un cigarro y me bebí el primer café mientras la miraba con ese brillo en los ojos que tanto me gustaba.

—Hoy hacemos nueve días de viaje, está pasando volando —puso cara de tristeza.

—Bueno, queda veintiuno aún —le hice un guiño.

Se vino a comerse la tostada a mis piernas, siempre estaba buscando el constante acercamiento a mí y eso me gustaba, la abracé y metí la mano por debajo de la camiseta suelta que llevaba, acaricié su pecho y la hice moverse de placer, buscando el contacto ese que tanto le gustaba con mi miembro.

—Me encantas —soltó besándome con cariño en la mejilla mientras se movía.

—Me alegra que me digas eso —le devolví el beso, pero en los labios.

Terminamos de desayunar y ella seguía ahí sobre mí y mis manos la acariciaban.

Se encendió un cigarro y se fue al muro que daba al mar, ante esas espectaculares vistas.

Me fui hacia ella y me pegué por detrás, le besé en el cuello y metí la mano por sus bragas.

—Me vuelves loco, Mikaela —gemí al notar que de nuevo estaba húmeda.

—A mí sí que me vuelves loca— abrió sus piernas para que tocara con más comodidad.

—Espera aquí— dije quitándole las bragas y llevándomela hacia dentro.

La puse sobre la cama, al igual que mi ropa, me coloqué el preservativo y salí a donde ella estaba, le levanté la camiseta, aparté las piernas, levanté las caderas y la penetré de una estocada, emitió un chillido y se agarró fuerte al muro.

Le di bien duro, apretando sus pechos, sus caderas, sin controlar la fuerza en mis manos, pero es que necesitaba hacerlo de aquella manera, cada vez me estaba llevando a un estado de más necesidad y quería hacerla gritar como loca, como lo estaba haciendo, notando cada golpe de placer a la vez, chilló al correrse, lo hizo a la vez mía.

La abracé alrededor de un minuto, luego la giré y la subí al muro, le dije que me esperara ahí, entré me quité el preservativo, me enjuagué y salí.

Sonreía al verme y soltaba aún el aire.

Puse una bola pequeña sobre su mano.

—Se va a derretir con el calor, pónitelo en el clítoris y tócate con él.

—Ya me podrías tocar tú —sonrió mientras hacía lo que le había dicho.

Me quedé a buena distancia, separando sus piernas pero viendo cómo se tocaba, me ponía de lo más cachondo, menos mal que atrás había un largo muro y no corría riesgo de caer, pues se tiraba aguantando con una mano.

Saqué el vibrador que tenía atrás en mi calzoncillo y se lo metí, comenzó a gritar como una fiera volviéndose loca e incontrolable, hasta que volvió a correrse y me pegué a ella para que se echara sobre mí.

La cogí en brazos sin quitarle el vibrador y me la llevé a la cama, la extendí para que se recuperara y se lo saqué.

—Quiero sexo más duro —soltó con una carcajada tirándome hacia ella y abrazándose.

—¿Lo dices en serio?

—Sí —rio con timidez.

—Lo haremos, no te preocupes —la besé con pasión y nos quedamos abrazados un rato.

Luego nos fuimos a la playa y a comer por la isla, nos pasamos el día visitando calas y por la noche aun estábamos por ahí tomando un vino y cenando, mis días con ella se estaba convirtiendo en impresionantes, no podía decir que la amara, pero sí que ya era algo que formaba parte de mi día a día.

Se emborrachó esa noche lo hizo, la vuelta al hotel fue apoteósica.

—Por atrás, yo quiero hacerlo por atrás —exigía en tono alto y yo tenía que hacerla callar, estaba rezando por llegar al hotel.

—Eso no puede ser así, poco a poco Mikaela —reí mientras soltaba el aire.

—Vas muy despacio —me señaló con el dedo.

—Tranquila, cambiaré el ritmo —tenía que seguirla la corriente.

—Te doy dos días —dijo al llegar a la cama y tirarse, quedando dormida de forma fulminante.

Me acosté a su lado sonriendo, la abracé y me quedé dormido, después de todo necesitaba descansar, yo también había bebido demasiado.

Capítulo 11



Décimo día, Santorini.

—Me muero —abrí los ojos y tenía la mano de Mikaela en la cara.

—¿Qué te pasa? —a la vez que preguntaba recordé que lo que tenía era resaca.

—Todo me da vueltas —su voz era diferente, debía estar realmente mal.

—No te muevas —me levanté y cogí una bolsita que llevaba con unas pastillas, sabía que tenía una que la ayudaría a recuperarse.

Llamé para que nos trajeran el desayuno y cuando llegaron lo puse en el aparador y cogí un zumo con la pastilla.

—Toma —me senté a su lado.

—Me muero —insistió con la muerte, normal cuando se tiene resaca, se incorporó con los ojos medio abiertos.

—No te mueres —reí poniendo la pastilla en su mano y en la otra el zumo de naranja — Quédate unos minutos ahí, pongo el desayuno en la terraza y ahora vengo a por ti.

—Vale, tío bueno —soltó con descaro y se tiró en la cama, acomodándose de lado.

Preparé todo en la terraza, el aire y la brisa del mar le vendría de escándalo, unté las tostadas y se la puse en el plato, así como el café y entré a por ella.

—Vamos, guapa —le ayudé a levantarse.

—Me estoy muriendo, necesito mis gafas de sol —las cogió de la mesa, agarrada a mí y salimos —No bebo más.

—No me lo creo yo —sonreí.

Estaba en esa silla amplia con los pies encima de ella, con esas gafas de sol grandes que la hacían de lo más guapa, con esa camiseta de pijama ceñida que le quedaba de escándalo, me estaba obsesionando con ella, con su cuerpo con todo.

El desayuno duró dos horas, ella no podía ni levantarse, lo bueno que la pastilla comenzaba a hacer efecto y había desayunado de todo lo que había, así que se recuperaría en breve.

Vinieron a recoger las cosas y cogí de la nevera dos latas de coca cola cero, las saqué a la terraza, seguía en esa silla a la sombra, sin moverse mirando al infinito, me puse ante ella de cuclillas con las manos en sus piernas.

—Tómame la coca cola que te hará bien y ahora si quieres te acuestas un rato o bajamos a darnos un baño que también te vendrá genial.

—Debo estar horrible —puso tono de preocupación agachando la cabeza.

—¡No! —reí —Estás preciosa —mordí su pierna de modo cariñoso.

—Me siento mal —su gesto era de estar agobiada por cómo se sentía.

—Ven —le cogí de la mano y la lleve adentro, me senté en un lado del sofá y la tiré sobre mí —Intenta dormir un rato, luego bajamos a bañarnos —le acaricié el pelo.

—Me vas a dejar cuando volvamos, lo sé —comenzó a salirle las lágrimas.

—Mika, ¿qué te pasa? —la incorporé, la senté en mis piernas y la abracé.

—Estoy sensible —rompió a llorar abrazándome.

—No pienses tonterías ¿Ok?

—Abrazame —me pegó más a ella —Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —no dejaba de llorar.

—No te quiero verte así, estoy aquí, te encuentras con resaca y te está sentando mal, deja de dar vueltas —acariciaba su espalda y sus caderas con cariño.

—Nico...

—Dime, guapa— le eché su preciosa melena para atrás.

—Abrazame mucho —vaya con la resaca, otra vez a llorar.

La abracé llenándola de caricias para que notara que estaba ahí, para que entendiera que no iba a dejar de estar a su lado, se volvió a acostar entre mis piernas y yo aproveché para ver las noticias, estuvo durmiendo una hora.

—¿Mejor? —pregunté sonriendo.

—Sí —rodeó mi cintura y puso su cara entre mis piernas.

—Tampoco hace falta que me la comas —bromeé para sacarle una sonrisa.

—Qué mínimo, con lo que me has aguantado —sonrió y me dio un beso ahí mismo —No me puedo ni mover y tengo que ir al baño.

—Venga te llevo —la ayudé a incorporarse, me daba miedo dejarla sola.

Se sentó a orinar mientras yo estaba sentado en el borde de la bañera, la típica imagen de un matrimonio de años me moría con ella, era lo más natural que había conocido jamás.

Cuando se levantó le puse la ducha y la esperé para no dejarla sola, la veía aún débil y no me fiaba ni un pelo, la pobre tenía el cuerpo cortado, terminó y la rodee con la toalla, la ayudé a secarse y con la misma toalla se fue a la cama y se tumbó en ella, no conseguía venirse arriba del todo.

La deslié de esa toalla mojada, la terminé de secar y le puse una sábana por encima, se volvió a quedar dormida, yo salí a la terraza a fumar un cigarro y luego más tarde llamé para que trajeran un pescado a la plancha para cada uno y una ensalada de pasta.

Cuando llegó la comida fui a despertarla, ya tenía mejor cara, se le notaba más respuesta, la ayudé a ponerse unas bragas, una camiseta y nos fuimos a la terraza.

—No tengo ganas de comer...

—Vas a comer el pescado, te vendrá bien.

—Desayuné mucho.

—Me da igual, pero el pescado lo comes —mi tono era serio.

—Es que...

—Es que te lo vas a comer y no hay más que hablar, de todas formas te he puesto ahí la pastilla, tienes que tomar otra pero, el pescado te lo tienes que comer para que no te duela el estómago con tanta medicación.

—No quiero —se levantó, se vino a mi regazo y se sentó de lado.

—Mikaela... —le puse en la boca un trozo de pescado con mi tenedor y se lo comió.

—Ya no quiero más.

—Abre —volví a conseguirlo, así hasta que comió bastante.

Comí con ella en mi regazo y enganchada al cuello, estaba de lo más mimosa, como una niña chica, luego la ayudé a ponerse el bañador y bajamos a darnos un baño, la tuve encima todo el tiempo, con las gafas de sol en el agua y encima mía, solo quería abrazos y mimos, pero a mí me encantaba de todas las maneras.

—¿Por qué eres tan bueno? —preguntó mientras besaba mi cuello.

—Soy normal —además de un ladrón intachable, pero eso no se lo iba a decir.

—No eres normal, eres muy bueno, me aguantas —su tono era de niña impertinente de no aguantarse ni ella con la resaca.

—Más me vale aguantarte, sí quiero cobrar —reí.

—Nico...

—Dime, preciosa.

—¿Me vas a echar mucho de menos cuando termine tu trabajo?

—Mikaela, la resaca te está dejando fatal —le intenté hacer cosquillas para que cambiara esa melancolía que llevaba y que me estaba transmitiendo.

—¿Sabes? Mi amiga de la universidad me decía que ella no se acostaba con hombres que no le llevaran por lo menos diez años más, vamos como tú, que esos eran los que te engancha sexualmente de verdad —se frotó con mi parte mientras flotaba en el agua sobre mí.

—¿A sí? —carraspeé poniéndome nervioso y no quería actuar pues sabía que no estaba precisamente bien.

—Sí, ahora me doy cuenta de que tenía mucha razón —mordisqueó mi oreja.

—Mikaela...

—Nico... —dijo imitándome y dejándose caer sobre mi hombro.

—Estás que no puedes con tu alma —sonreí abrazándola, vamos para la habitación, necesitas descansar mucho más.

—Necesito que se me quite lo que tengo en lo alto.

—Ya, sí es que es para —le mordí la nariz.

—¡Auch! —rio.

Subimos a descansar un rato, conseguimos dormir un par de horas, luego nos fuimos a pasear por la isla y cenar temprano, a las diez estábamos de vuelta en la habitación, la notaba cansada y aunque el sentido del humor no se le quitaba, estaba que necesitaba de nuevo la cama.

Llegamos a la habitación, la acosté y yo volví a la terraza a fumar un cigarro, estaba la noche perfecta, al día siguiente sería nuestro último día en la isla, lo aprovecharíamos para las compras y demás.

Más tarde volví a la cama y la pegué a mí, la abracé y besé con cariño, definitivamente eso era lo que yo sentía por ella, mucho cariño, me había ganado por completo.

Capítulo 12



Undécimo día, Santorini.

—Buenos días —estaba risueña.

—Buenos días —sonreí mientras abría los ojos —voy al baño, estoy que exploto —le di un beso en los labios.

Ya estaba con mejor color, con esa sonrisa que le caracterizaba, volví a la cama y me abrazó.

—Gracias por cuidarme...

—Para eso me pagan —respondí bromeando.

—¡Tonto! —me dio un manotazo advirtiéndome que volvía a ser la misma, adiós a la resaca.

—¿Llamo para que nos traigan el desayuno?

—Sí, por favor, estoy hambrienta —aplaudí.

Eso hice, llamar, a los diez minutos mientras estaba ella en el aseo llegó el chico con la bandeja y la dejó en la terraza.

—Nico, prometo que no mezclo más bebiendo— soltó una carcajada mientras tenía la taza de café en la mano.

—Eso es lo que te mató...

—Ya, el vino y los chupitos, a partir de ahora solo beberé vino —se encogió de hombros.

—Pero date unos días, hoy descansas —le hice un guiño.

—Sí, eso haré, palabra de borracha —a descaro no había quien la ganara.

Desayunamos tranquilamente, lo bueno de todo es que no había prisa por nada y podías disfrutar del café, uno y otro café, yo era de los que me tomaba muchos cortitos.

Su padre la llamó y estuvo un rato contándole, lo que le daba la gana pero charlaba, no parecía tener ese rencor que decía, fingía muy bien hablando con él, yo me estaba comenzando a rayar con la vuelta, todo terminaría, yo no podía llevarla a mi casa y enseñarle la realidad de donde vivía, no podía tener una relación con una persona de ese nivel adquisitivo, no porque yo no tuviera dinero, pero no tenía una vida normal para ofrecérsela, además, su padre por lo poco que escuchaba, nunca me aceptaría y yo no iba a permitir ser la ruptura familiar de nadie.

¿Por qué pensaba eso? Era solo trabajo, le había cogido cariño, pero nada más allá de eso, no iba a irme con el corazón roto, la echaría de menos, pero ella seguiría su vida y yo la mía, eso quería convencerme, pero me hacía daño el pensarlo, me entristecí, cosa que me sorprendía a mí mismo.

—Estás muy serio —dijo cuando colgó la llamada.

—No —sonreí —Estaba con la mente en blanco, perdón.

—Yo estoy con la mente calenturienta —rio y se sentó en mi regazo de lado —Vaya día te di

ayer.

—No te preocupes, no fue para tanto, me alegro de que estés mejor.

—Te dejé sin sexo —se puso las manos en la cara.

—Ya me lo compensaras —carraspeé.

—Estoy deseando —se agarró a mi cuello y me dio un fuerte beso, estaba de lo más cariñosa.

El contacto de su piel hacía engrandecer a mi cosa, era efecto inmediato, la miré sonriendo y la levanté en brazos, me la llevé a la cama y comencé a desnudarla mientras me comía todo su cuerpo a besos y bocados.

—No me toques, quiero sentirte dentro —sonrió mientras abría sus piernas.

No tardé en desvestirme y ponerme el preservativo, la penetré mirándola a los ojos, quería verla disfrutar mientras se agarraba a mis brazos y se encogía de placer, era todo un espectáculo para los ojos, terminé y me abracé a ella, estuvimos así un rato.

—No te muevas —le exigía con el dedo.

Fui a lavarme y volví, cogí uno de los geles estimulantes y me senté de lado, poniendo su parte entre mis piernas, dejándola tirada ante mí, quería tocarla, hacerla disfrutar.

—No hacía falta, solo quería sentirte dentro —abrió las piernas al ver que me echaba el gel.

—Lo sé, pero quiero que te vayas a gusto —le hice un gesto —llevarás mejor sonrisa para ir de shopping —metí dos dedos en su zona húmeda y gimió.

—Y yo quiero que me hagas una escena dura —rio casi sin fuerzas.

—Te prometo que te prepararé algo en uno de estos días —levanté la ceja ante su sonrisa y comencé a mover los dedos.

La estuve tocando un poco para estimularla y luego me eché gel en la mano izquierda y se lo puse en la entrada de atrás, con la otra mano en anillo vibrador en su clítoris, me encantaba tocarla así.

Jugueteé por detrás y se volvió loca, el anillo vibrador también hacía mucho, me encantaba verla levantarse de placer y disfrutar de mis manos.

Uno de mis dedos consiguió colarse un poco por el orificio, pero con cuidado, se contrajo y paré, seguí moviéndolo por la parte de fuera hasta que se corrió levantando todo su cuerpo contraído.

—Bien, nena, bien —le acaricie entre piernas.

—Esto si es una buena mañana —me dio las manos para que la incorporara.

Nos fuimos al baño y nos duchamos juntos, ahí le hice un montón de caricias y la toqueteé jugando con ella, me encantaba como se dejaba llevar, me gustaba que estuviera tan dispuesta.

Pasamos el día por la isla, se compró un montón de recuerdos, yo seguía con los imanes, la verdad es que no me llamaba la atención nada, eso era cosa de mujeres.

Por la noche cenamos en un restaurante que había en una costado de la isla a escala, las vistas eran de ensueño, no la dejé tomar ni una gota de alcohol, cenamos con refresco.

—Me da miedo como corren los días —me agarró la mano cuando salimos del restaurante hacia el hotel.

—No pienses en eso...

—No puedo evitarlo, es todo tan incierto.

La pegué contra mí y le eche la mano por el hombro no quería contestar, no quería pensar en ello, quería disfrutar del ahora, del momento.

Llegamos al hotel y un fuerte dolor de barriga le vino, fue al baño y salió descompuesta.

—¿Estás bien? —la agarré preocupado estaba pálida.

—Me he puesto con el periodo, se me puso de repente muy mal cuerpo, siempre me pasa igual —estaba con mal aspecto, la llevé a la cama y la senté —Dame mi neceser tengo las pastillas ahí —se lo di rápidamente con una botella de agua.

La hice que se tumbara y se pusiera cómoda, me acosté a su lado y noté como se ponía en posición fetal, estaba pasándolo mal y yo no sabía qué hacer.

Un rato después comprobé que se había quedado dormida, así que ya lo hice yo tranquilamente.

Capítulo 13



Duodécimo día, Ámsterdam.

Esa mañana se levantó con mejor aspecto, desayunamos en la terraza y salimos para el aeropuerto donde cogimos un avión para nuestro próximo destino, Ámsterdam.

—Lo del periodo es un castigo a la mujer —dijo dando una calada con cara de cansancio.

—Qué bruta eres, eso es algo normal, un ciclo que necesitáis.

—Pues ya podrían tener ese ciclo los hombres —giró los ojos.

—Los hombres tenemos paciencia para aguantaros —bromeé.

—Uy lo que me ha dicho el capullo este —se hizo la indignada bromeando.

—¿Me has llamado capullo?

—¡Si! —rio.

El vuelo lo pasó durmiendo, cosa que agradecí, aún seguía débil y este periodo decía que le había venido muy mal.

Aterrizamos en Ámsterdam y un chofer nos llevó a un hotel en la Plaza del Dam, una de las más transitadas e importantes de la ciudad, una preciosa habitación de lo más confortables con un pequeño balcón donde se podía ver bien cerca el imponente Palacio Real.

Bajamos a comer y a pasear relajadamente, ella estaba pálida y a mí me preocupaba mucho verla así, la quise llevar a un médico pero me dijo que era normal que de vez en cuando lo pasaba mal con el periodo y ese mes le había tocado.

—Pero pienso que te debería de ver un doctor —repetí para convencerla.

—Nico, de verdad, si aparecemos por el médico hasta se reiría de mí —soltó una carcajada.

—Está bien, pero si te sientes mal en cualquier momento, me despiertas y vamos.

—Te lo prometo —besó mi cara con cariño.

Esa noche nos recogimos pronto, quería que descansara, necesitaba verla dormir y que pasara una buena noche, la verdad es que su palidez me dejaba preocupado, aquellos ojos con ojeras me hacían presagiar que lo estaba pasando realmente mal.

Capítulo 14



Decimotercer día, Ámsterdam.

Nos levantamos y ya la veía mejor.

—Vaya cambio de aspecto —me emocionó verla mucho mejor y la abracé.

—¿Tan mal estaba?

—No es eso, pero digamos que no era tu rostro normal, estabas demasiado pálida y hasta con ojeras.

—Vamos, hecha un cristo —rio.

—Más o menos —la abracé de nuevo con muchas fuerzas, me daba solo ganas de estar así, me encanta el contacto con su piel.

Salimos a desayunar y paseamos por la ciudad, ya se le iba quitando el periodo, le duraba dos o tres días, pero ya estaba notando que iba desapareciendo e iba cobrando fuerzas.

—Me encanta Ámsterdam, quiero entrar a un Coffe Shop de esos donde te puedes fumar un cigarro de la risa.

—No, yo eso no te lo voy a permitir —reí —Yo me había fumado muchos y hacían daño, pero vamos no quería que ella lo hiciera, le podía dar una bajada de azúcar, ponerse mal y yo no me la iba a jugar en ese aspecto.

—No me lo tienes que permitir, era por una de las razones que quería venir a Ámsterdam, para ver esos lugares que tantas veces se había hablado en los corrillos de los pasillos de la universidad, todos querían venir a Ámsterdam.

—Mikaela, no te hace falta fumar uno de esos.

—Ni a ti tener esa cara de policía encabronado —rio.

—No tienes remedio.

Más tarde pasamos por una de esas cafeterías, corrió hacia dentro y se puso a mirar las bolsas con la planta y la elaboración en lo llamado Hachís, no lo dudo ni un momento y cogió una bolsita de cada, pidió dos refrescos y nos sentamos ahí, la miré queriéndola coger por el cuello en bromas.

—Me lo vas a liar ¿verdad? —preguntó poniéndolas delante de mí.

—Claro, no me queda otra, si no te veo pidiéndolo a cualquiera de los que están en las demás mesas.

Lie uno y le di unas caladas, yo sabía que a mí me relajaban pero no me hacían ningún efecto raro, ella se fumó medio cigarrillo y yo otro medio, el resto me lo eché en el bolsillo y me lo llevé al hotel.

No tardó mucho en hacerle efecto e iba por la calle arrasando por todas las pastelerías que veía, además de hartarse de helados, le dio mucha hambre, además de muchas risas, me soltaba cada cosa que me tenía que echar a reír por completo.

Ese día nos dedicamos a visitar los lugares más importantes de la ciudad, como el barrio rojo donde las prostitutas ofrecían sus servicios en escaparates, eso nos impactó mucho, recorrimos tanto ese día que nos reímos al pensar que al siguiente poco nos quedaría por ver.

Nos acostamos temprano, ya estaba mejor, al día siguiente lo haríamos de shopping como los últimos días en cada ciudad.

Capítulo 15



Decimocuarto día, Ámsterdam

Me desperté y me fui a balcón, un café en mano y me hice uno de esos cigarros que habíamos comprado el día anterior, terminé de liarlo y lo encendí cuando apareció Mikaela.

—Mira el tío, dándole al vicio —me abrazó fuerte.

—¿Qué tal estás?

—Mucho mejor, ya parece que está desapareciendo el señor periodo —me quitó el café y le dio una calada, luego se fue a preparar uno.

—Me alegro —dije mirándole ese buen aspecto que ya iba recobrando.

Ese día paseamos mientras hacíamos las compras, cada vez iba más cargada de recuerdos, yo me moría de la risa con ella, volvimos a entrar a un Coffe Shop y tomar un café mientras nos fumábamos algo que aún quedaba del día de ayer.

—Es increíble lo seguro que se ve Europa comparado con aquello.

—Bueno, la verdad es que sí, esa sensación la tuve desde el primer día.

—Aquí nos vamos a venir a vivir tu y yo, nos vamos a escapar del mundo —bromeó mientras daba una calada.

—Y me manda tu padre un sicario —levanté la ceja.

—Pero como tú estás preparado, te los cargas antes —soltó una carcajada imaginando.

—Anda vamos a comprar.

Salimos de allí y nos fuimos paseando sin rumbo, ella iba feliz de mi mano y a mí me encantaba que se sintiera así, además la veía muy relajada y eso me encantaba, me acordé del primer vuelo, con ese chille mascando en todas mis narices, provocándome un nerviosismo interior muy grande, o esas preguntas que no cesaban poniéndome al límite, quién me iba a decir que iba a terminar paseando así de la mano con ella, disfrutando de un viaje en todos sus sentidos, sintiendo que comenzaba a tener sentimientos que nunca se habían desarrollados con anterioridad en mí.

Capítulo 16



Décimo quinto día, Lanzarote.

Esa mañana se levantó muy juguetona pero era tarde, así que nos tomamos un café a toda mecha, nos fuimos al coche que nos esperaba y nos dirigimos al aeropuerto, unas horas después ya estábamos aterrizando en Lanzarote, el vuelo lo pasamos durmiendo, increíble, estábamos cogiendo hasta habilidad en ello.

Nos llevaron al hotel, frente a una preciosa playa, un resort con todas las comodidades donde pasaríamos varios días ahí había reservado más noches que en los anteriores destinos.

—Flipo con la habitación —dijo emocionada saltando encima de la cama.

Aquello era impresionante, una terraza con unas vistas al mar que eran una pasada, pero todo exclusivo, una piscina privada, camas de cañas con colchones que invitaban a tomar el sol ahí tirados, una intimidad increíble, además de unos sofás en aquella terraza que eran una pasada de grandes, en la habitación había dispensador de hielo, botellas de todas clases de alcohol, cervezas, refrescos y hasta paquetes de patatas pequeños, todo cortesía del hotel, pero vamos eso debería de haber costado un pasta gansa.

Colocamos las cosas bien ya que era larga la estancia, bajamos a alquilar un coche para movernos por aquella isla y nos fuimos a perdernos por ella toda la tarde.

Terminamos en Puerto del Carmen, un lugar muy turístico lleno de vida y que ofrecía una gran cantidad de variedad gastronómica, demasiados restaurantes, hoteles, casas, todo limitando con el mar.

—Mira eso —señaló a un sex shop con una amplia sonrisa —¡Vamos! —tiró de mi emocionada —Vamos que ya no tengo el periodo —rio.

—Tampoco corras que no van a cerrar —negué sonriendo, era tremenda, pero me llenaba de vida.

—Quiero todo —comenzó a echar un montón de cosas en la cesta, yo reía incrédulo —Espero que sepas usarlo.

—Eso no deberías —sonreí viendo que esos aparatos ella no los soportaría, los usé con alguien que le iba la sumisión y le costaba aguantarlos.

—Por qué tú lo digas —me sacó la lengua.

—Son demasiadas cosas —me puse las manos en la cabeza.

—Me da igual, estos días los probaremos todos.

—Bueno, al final me sorprenderás y todo —negué riendo y siguiéndola por aquellos pasillos.

—Si no lo hice ya es porque tú no me dejaste —me sacó la lengua.

—Mikaela, para, ya es suficiente.

—Quita, que yo me voy a poner las botas en esta isla —dijo con descaro.

Cuando llegamos a caja hasta el chico alucinó, su rostro lo decía todo, pagamos y nos fuimos de allí directos para el hotel donde dejamos las cosas en la habitación y bajamos a tomar una copa.

—Yo quiero probarlo todo —dijo tomando un cava.

—Pero con paciencia, no me seas bruta, no quiero que te pase nada —la pegué contra mí para besarla, la noche estaba preciosa y la música muy acorde con ella.

—¿Has utilizado algunas de las cosas que compre? —preguntó con los brazos cruzados.

—Sí —levanté la ceja.

—Bueno al menos ya tienes experiencia, pero no quiero que me trates como una niña, quiero disfrutar de todo ¿entendido?

—Te he dicho que sí —la tenía por la cintura pegada a mí, que estaba apoyado en la barra de aquel bar del jardín del hotel.

—A veces me da la impresión de que te da miedo tocarme de verdad, ¿Piensas que me voy a romper?

—No —solté una risa —Mikaela, las cosas tienen su momento y su tiempo, ese tipo de cosas pueden hacer daño, lleva una preparación.

—Pues ya llevas perdido quince días, así que el curso lo vas a tener que avanzar y bien —se cruzó de brazos.

—¿Qué quieres realmente? —la mordisqueé el labio y luego di un trago a la copa mientras la tenía agarrada con mi otra mano por la cintura.

—Quiero probar esas cosas, quiero hacer todo lo que has hecho con otras, no soy diferente, no creo que te haya podido dar esa sensación.

—No dije eso —le apreté la nalga.

—Pero me tratas como una niña pequeña.

—No, pero te recuerdo que no venías con mucha experiencia y hacía muchos años que no habías tenido relaciones.

—Eso no significa nada —se le notaba ofendida.

—Quita esa cara, ¿vale?

—Pues prométeme que confiaras más en que puedo hacer todo eso que hiciste con otras.

—No te compares con nadie...

—No lo hago, pero tengo derecho también a disfrutar de ello.

—Está bien, pero poco a poco, déjame marcar el ritmo, hay muchas cosas que tardaremos algún día más en usar, no son recomendables sin antes haber usado otras ¿Vale?

—Vale —sonrió feliz y me abrazó.

—¿Quieres que nos tomemos la última en la terraza de la habitación?

—¡Sí! —exclamó divertida.

Subimos a la habitación y me puse cómodo, preparé dos copas y me la llevé a la terraza, se sentó en aquel gran sofá que había en ella y puse las copas sobre la mesa.

Nos fumamos un cigarro, ella apoyada sobre la esquina del sofá mirando para mí, mientras yo le acariciaba las piernas, teníamos unas miradas que hablaban por sí solas, ella estaba radiante de felicidad, sus ojos hablaban por sí solos.

Terminamos las copas y fui a por otras dos, la puse a un lado y le pedí que se sentara en el filo de la mesa mirando hacia el sofá donde yo estaba sentado, entré a por la bolsa de las cosas que habíamos comprado.

Me puse frente a ella sentado en medio de sus piernas, ya sonreía feliz cuando metí la manos por debajo de su camiseta y le saqué las bragas, dejándola en ese filo abierta ante mí.

Carraspeé al ver su parte húmeda bien abierta, la tenía perfectamente expuesta, me produjo un aumento de mi pene a modo instantáneo.

—Échate para atrás y pon las piernas en el borde y pega el culo hacia mí —cogí un cojín de ese sofá y se lo puse debajo de sus nalgas para que quedara más alta y fácil de tocar, ella feliz se ofrecía a mí sin pensarlo.

—¿Cuándo me vas a atar? —su pregunta con ese tono de voz divertido me hizo como siempre sonreír.

—Aún no, me has prometido tener paciencia, voy a ir poco a poco —di un sorbo a la copa.

Se levantó y dio un trago de la suya, se volvió a echar.

Me llené todas las manos de uno de los geles estimulantes y comencé a acariciar sus entrepierna y sus partes por fuera, quería ir dándole contacto poco a poco para pillarla excitada antes de comenzar a intentar proporcionarle placer a través de aquellos objetos que la ayudarían a dilatarse un poco más.

Le metí dos dedos delante y entraron de forma rápida, la comencé a tocar hacia mí, era una técnica que ayudaba a dilatar y a trabajar la zona para que se volviera más flexible y receptiva.

Ella estaba relajada, me impresionaba que aguantara eso, soltaba algún quejido rápido pero de la misma manera se volvía relajar, no me cerraba las piernas en ningún momento y yo le apretaba lentamente cada vez más fuerte, hasta que le metí una especie de semicírculo que tenía un tope dentro y enganchaba para causar el mismo efecto y ayudaba a tirar con más comodidad que con los dedos.

—¿Bien?

—Por ahora sí —rio sin fuerzas, estaba de lo más receptiva y relajada.

—Y ahora —tiré dejando eso presionando unos segundos.

—Sí, sí, ya, ya —dijo quedando sin fuerzas cuando solté.

Saqué el aparato con cuidado y metí mis dedos, aquella zona estaba bastante más abierta y relajada, no se le notaba contraída.

—¿Vamos para atrás?

—Sí —rio con alegría nerviosa.

Le puse un poco de gel en la entrada y me eché más en mis dedos de lubricante, la mezcla ayudaría bastante, puse los dedos en su entrada y cerró las piernas, tuve que sacar las manos.

—Una cosa, si me vas a dar por culo que sea bien y con clase —soltó una carcajada.

—Si me haces eso estando con el dedo entrando, no lo intento más hoy —dije riendo pero en tono advertencia.

—Te prometo que no —levantó la mano a modo perdón.

— Quieres ponerte con los pies en el suelo y tirada sobre el cojín en la mesa.

—No sé —soltó una carcajada.

—Baja, anda —la ayude a ponerse de espaldas a mí con las piernas abiertas sobre el suelo y medio cuerpo encima del cojín de la mesa.

—Nico, con cuidado —advirtió riendo boca abajo.

—Mikaela, ¿confías o no? —negué riendo sin que me viera, la notaba muy nerviosa.

—Sí, si —sabía que se estaba riendo, la notaba de lo más inquieta.

—Abrí con la mano izquierda sus nalgas, con la derecha fui directo con el lubricante en los dedos y coloqué el primero en la puerta.

—Me muero —dijo riendo y aún no la había intentado penetrar con el dedo.

—Cuando me digas...

—Vale, dale pero lento ¿Eh? —me provocó una risa y comencé a jugar fuera, le estaba dando confianza, no apretaba apenas para meter, solo abría con los círculos la entrada por fuera, la escuchaba resoplar.

Me eche más lubricante y volví a hacer esos movimientos por fuera, abriendo poco a poco pero sin penetrar, cuando la noté relajada y confianza metí el dedo sin parar pero con mucho cuidado, cuando lo notó dentro chilló riéndose, pero sabía que lo había notado bien.

—Ni lo muevas —dijo riendo.

Lo moví un poco con cuidado, sin hacer caso, sabía que necesitaba más lubricante y entonces lo fui sacando poco a poco para poner un pegote más sobre mi dedo, al sacarlo comenzó a resoplar.

—¿Ya? —preguntó riendo nerviosa.

—Abre anda, ¿No eras valiente? —hice una mueca aunque ella no me veía.

Se agarró al cojín con fuerza y comencé a jugar por fuera hasta que en un momento que no se lo esperaba comencé a meterlo.

—¡Ay! —gritó cuando ya estaba dentro.

Lo moví con cuidado y comencé a intentar sacarlo y meterlo, saltaba, no podía evitarlo, yo intentaba frenarla con la otra mano, sabía que aún no estaba preparada para recibir todo, era cuestión de tiempo y de ir dilatando la zona poco a poco, lo saqué y le dije que cerrara las piernas y se relajara, se quedó agarrada al cojín un poco y la ordené que se girara.

—¿Ves que no es tan fácil? —hice que se sentara de cuclillas encima de mí.

—Me duele —se rio.

—Claro, petarda, te lo he dicho, no se puede ir del tirón, el sexo es para disfrutarlo, a no ser que tengas tendencias sado, pero que poco a poco y con calma se puede ir consiguiendo todo.

Me beso frotándose su parte por mi miembro, por encima del pantalón corto fino que yo llevaba, yo le movía las caderas para ayudarla, me encantaba que se buscara el placer contra mí.

—Vamos a hacer una cosa —la levanté e hice que se diera la vuelta, me quité el pantalón y le abrí las nalgas para que se sentara sobre mi miembro, sin meterla, para que viera si se conseguía dar placer.

Comenzó a rozarse y a gemir un poco, se estaba poniendo muy excitada y le gustaba esos roces, pero quería más, ella lo quería por delante para llegar al orgasmo, pero yo no la iba a dejar, quería llevarla al límite para intentar otra maniobra.

Se daba unos roces increíbles, casi pedía que la ayudara, yo no le facilitaba que se rozara el clítoris mucho, no quería que se corriera, se estaba poniendo como loca, cuando no podía más y chillaba para que le dejara frotarse por delante, la levanté, la gire y la hice sentar en la mesa con las piernas colgando pero solo medio abierta.

—Relájate —dije tocando sus muslos.

—No puedo, hazme algo ya —su cara era de súplica.

—Sí que puedes.

—Nico, haz lo que quieras, pero házmelo —le faltaba la respiración.

—Fúmate un cigarro —me encendí uno y le dio otro, lo aceptó resoplando, indignada, caliente como una brasa.

Se lo fumó con cara de enfado pero riéndose, mirándome mientras negaba, me encantaba verla así, era preciosa, era divina para perderse en sus adentros, para mordisquearla entera, con ese

pelo detrás de la oreja recogido y cayéndole por su hombro, estaba preciosa.

—Ven —la ayudé a apoyarse de nuevo a mi espalda, abriendo sus nalgas y cayendo sobre mi miembro.

Comenzó a mover de nuevo y a desesperarse más, intentaba coger mi miembro para ponerlo en su clítoris, pero yo la frenaba, volvía a hacer que se estimulara con el ano y se encendiera cada vez más, cuando vi que ya no podía más la apoye contra la mesa boca abajo de nuevo, la abrí de piernas y puse en la entrada de su culo un pequeño objeto anal, que se colocaba en su interior y se derretía poniéndola más cachona aún, lo puse en la entrada, era como una bala en forma de supositorio y lo metí poco a poco hacia dentro hasta que lo coloqué en su interior y comenzó a resoplar cuando notó mi dedo de nuevo dentro y eso produciéndole una sensación de calor.

Lo moví un buen rato aprovechando que la tenía muy excitada, así que me tomé mi tiempo para estimularla y dilatarla más, luego lo saqué y resopló de alivio, me hizo mucha gracia.

Se giró, se sentó con descaro en la mesa, abrió sus piernas ante mí y...

—Tócame por favor —me suplicó.

—No —dije tranquilamente —cogí lo que le había puesto por detrás que estaba desintegrándose, abrí sus piernas, sus labios y le coloqué una al final del túnel, la cogí con los dedos hacia fuera y ni se quejó, estaba que se subía por las paredes, lo único que necesitaba era que la tocaran, que la llevaran al orgasmo y yo quería aún ponerla más al límite.

—Nico —su rostro daba pena implorando piedad.

La tire hacia mí y la senté sobre mis piernas de lado, la rodeé por la cintura y mordisqueé su pecho.

—Estos aún no lo hemos llevado al límite —volví a mordisquearlo con más fuerzas, yo estaba también que explotaba pero tenía la capacidad de tomar el control y sabía gestionar mis emociones.

Empezó a resoplar al notar eso totalmente disuelto, causaba mucho calor, sabía que eso la iba a poner más descontrolada.

—Abre anda —reí y coloqué mi mano entre sus piernas, le hice una pinza.

Le metí dos dedos en el interior agarrándome al fondo y con el dedo gordo comencé a tocarle el clítoris, se tiró hacia atrás poniendo el cojín sobre su cara y solando el aire de placer, con la otra mano comencé a pellizcar sus pezones con fuerzas, intentando causarle un poco de dolor sin llegar a profundidad, se corrió a chillidos fue impresionante como la llevé al límite, no dejé de tocarle hasta unos segundos después, de esos gritos, la dejé al máximo de desgastada.

Esperé a que se repusiera y luego la hice sentar frente a mí e introducirse mi pene, la ayudé con mis manos a moverse rápidamente, yo también necesitaba correrme tenía mucha tensión en el cuerpo.

Y me corrí apretándola bien fuerte, me estaba llenando de vida, me estaba arrastrando a necesitar su cuerpo en todo momento, me estaba volviendo loco por verla disfrutar, por sentirla vibrar, por notar todas esas emociones que embargaban todo mi ser.

La levanté y me la llevé para dentro, la acosté desnuda en la cama, le puse un poco de crema por sus partes para que no le salieran rojeces y la abracé para que durmiera pegada a mí.

Capítulo 17



Décimo sexto día, Lanzarote.

Estaba pegada a mi como una lapa, abrazada mientras dormía y a mí me encantaba sentirla así.

Me despegué con cuidado y preparé un café de la cafetera que había en la habitación, me salí a la terraza a tomarlo en aquel sofá rinconera, fumándome un cigarro y sabiendo que ya empezaba la cuenta atrás, eso cada vez me producía más dolor, echaba mucho de menos a Conan, pero esto me producía hasta un poco de ansiedad.

Quería pasarme la vida con ella, follando con ella, estando con ella, lo quería todo con ella y cada vez notaba que empezaba una cuenta atrás que me iba a partir el alma, esa frase que pensé que nunca se produciría en mi ser y ahí estaba, con esa sensación de perder una de las personas que se habían convertido en las más importantes de mi vida.

—Buenos días —sonrió desde la puerta con un café también en la mano, yo había dejado una cafetera hecha.

—Ven —le extendí la mano y se acercó a besarme —se sentó en la mesa frente a mí y se abrió de piernas bromeando y me hizo un guiño.

Me tiré a su braga, mordisqueando eso por encima de ella, lo del día anterior ya ni me acordaba, siempre tenía ganas de más.

—¿Qué tal dormiste? —me preguntó mientras se encendía un cigarro.

—Perfectamente ¿Y tú?

—Bueno, agotada, lo de ayer fue brutal, reconozco que todo eso hay que tomarlo con calma —giró los ojos.

—¿Y ahora cómo estás? —le hice un guiño mientras daba una calada.

—Preparada si hace falta —rio nerviosa.

La cogí de la mano y la baje de la mesa, le quité las bragas y me quité el pantalón, le abrí sus labios y la apoyé sobre mi miembro, la agarré por las caderas y comencé a moverla para que se rozara, no tardó en comenzar a gemir.

—Busca el correrte —dije apretando sus nalgas con fuerzas.

Se comenzó a mover como loca, dándose placer con mi miembro hinchado mientras yo apretaba uno de sus pezones con mucha fuerza, chilló mientras se corría, se quedó respirando rápidamente apoyada en mí, no le di tregua, la levanté, la puse boca abajo de la mesa, le levanté las caderas y la penetré sin tregua, estaba muy húmeda y resbalaba, eso hacía que me volviera más loco y apretar sin medidas, sabía que le hacía daño, pero que con el placer era mucho más excitante, así que le di duro, sin dejarla respirar, mientras chillaba, la azote como nunca, dejándola agotada y casi sin respiración.

La saqué y me senté, necesitaba respirar, eso había sido demasiado, yo vivía en una excitación constante.

Se repuso y se levantó tirándose hacia atrás sobre mí, de espalda, la abracé fuerte y le mordí el hombro, nos fuimos a ducharnos para bajar al restaurante a desayunar, pero para mi sorpresa, le esperaba una comilona bajo ese chorro, donde me dio el segundo orgasmo del día, llevándome con una sensación de satisfacción infinita.

Se salió ella primera, yo me quedé unos minutos más, salí del baño con la toalla y negué con la cabeza, no me lo podía creer, estaba en la cama tirada con las piernas abiertas hacia mí y con un vibrador dentro, riendo mientras volteaba los ojos de placer.

—Mikaela —reí acercándome a ella y ayudando un poco al vibrador a entrar y salir, ella sonreía de felicidad con ese movimiento, comencé a darle duro y hacerla chillar, le coloqué otro vibrador presionando su clítoris y aquello fue magistral escucharla emitir esos sonidos de placer y pidiendo que le apretara más fuerte.

Se corrió de nuevo y le saqué el vibrador mientras se dejaba caer a un lado, era insaciable, siempre quería más, además lo pedía con descaro, le toque la cadera para que se levantara a vestirse y por el contrario me tiró encima de ella y se me cayó la toalla, comencé a restregarme con mi miembro y para mi asombro ella se volvía a excitar, eso era algo descomunal, algo que no cabía en mi asombro, me aparté y fui a ponerme un preservativo y comencé a penetrarla mientras le tocaba el clítoris de nuevo, que notaba que le dolía como si lo tuviera irritado, pero le causaba a la vez placer y eso le compensaba.

Cuando volvimos a llegar al orgasmo le puse un poco de gel calmante ahí, le dije que debería de parar de roces y dejarlo descansar uno o dos días, me decía que era imposible, cosa que me hacía mucha gracia.

Ese día decidimos pasarlo en la playa, se estaba de escándalo, estuvimos bebiendo cervezas y comiendo ahí todo el día, por la tarde ya casi anocheciendo subimos a la habitación y pedimos que nos llevaran la cena.

Cenamos en esa terraza mientras ella no dejaba de contarme cosas de su vida, de su casa, de sus rutinas cuando no estaba en la universidad, me encanta, era mucha vida y energía lo que había en ella.

Esa noche nos acostamos abrazados pero no pasó nada, no quise, debía darle un descanso a sus partes aunque por mí, se lo hubiera hecho toda la noche.

Capítulo 18



Décimo séptimo día, Lanzarote.

Esa mañana me levanté y no estaba en la cama, salí a la terraza y ahí estaba con la cafetera, su café y otro vaso para mí.

—Buenos días, madrugadora —le di un beso en la mejilla y me senté al lado de ella.

—Buenos días, Nico —su tono era triste.

—¿Qué te pasa?

—Nada —me echó un café.

—Mikaela...

—Nada, me levanté tristonada, se me pasará, no me hagas caso...

—Claro que te hago caso, no me gusta verte así.

—Cada vez se van agotando los días y no quiero volver y tener que separarme de ti.

—No pienses en eso —la agarré para que se sentara en mi regazo y la abracé.

—Me da terror pensar en el día que tenga que levantarme y no estés a mi lado —se puso a llorar y la abracé.

—A mí también me lo da —me sinceré y me miró llorando.

—¿De verdad?

—Sí, pero quiero que de esto hablemos el último día, ahora quiero que disfrutemos de este viaje, de nosotros, de todo, luego seguro que pensamos algo, pero ahora disfruta, por favor.

Me abrazó y se quedó ahí un buen rato, notaba que ella estaba teniendo unos sentimientos fuertes hacia mí y eso me hacía sentir peor, yo sabía lo que era esa sensación y no me gustaba que ella la sintiera.

Pedimos el desayuno y nos lo trajeron a la habitación, íbamos a estar varios días en la isla así que no había prisa de nada.

Desayunamos relajadamente, mirando a la piscina y hablando sobre que había que estrenarla, estaba ahí para nosotros y la verdad es que invitaba a meterse en ella.

Después de desayunar nos dimos un baño, era impresionante como estaba el agua, la verdad es que aquel entorno era idílico.

Estaba todo el tiempo colgada de mi cuello, flotando sobre mí, besándome a cada momento, la veía feliz a mi lado, no le hacía falta más nada que tocarme y sentirme, era la sensación que me daba.

Salimos de la piscina y nos sentamos en ese sofá con dos copas de vino, me lo pedía a gritos, ese día queríamos estar solos ahí, disfrutar de nosotros, de la compañía del uno y del otro, bebiendo comiendo y disfrutando del sexo, ese que no tardaría en llegar de nuevo.

Se sentó encima mía de cuclillas.

—Quiero que me hagas algo —pidió con esa sonrisa de niña que me hacía volver loco automáticamente.

—¿Qué deseas? —pregunté haciéndome el tonto.

—No sé, algo —rio y besó mi cuello, la agarré por los glúteos y la rocé con mi pene.

—Tírate en la mesa, desnuda —llevaba el biquini puesto.

—A sus órdenes —hizo el gesto de llevar las manos a la frente.

Entré y cogí un antifaz ciego que había comprado, salí y se lo coloqué en los ojos y la dejé ahí tumbada a ciegas, le doblé las rodillas, para que quedara ligeramente abierta, la puse próxima al borde, pero de la esquina, no mirando al sofá, esta vez quería hacerla disfrutar estando yo de pie y lo iba a hacer con calma, de forma relajada.

Preparé todo sobre un lado del sofá, además traje un hielo en mi mano cuando estaba todo colocado y comencé a refregarlo por sus pezones, estos actuaron rápidos y se vinieron arriba.

—Nico —rio al notar que lo llevaba hacia abajo.

—No hables, Mika —sonreí poniéndome frente a ella mientras arrastraba el hielo y comenzaba a rozarlo por el ano.

Me encantaba notar como se derretía con el contacto de su pie, jugueteaba con sus dos orificios y su clitoris, mientras ella respiraba agitada, sintiendo aquel frío por todas su partes, yo iba sin prisas, recreándome en cada movimiento.

Cuando ya estaba más pequeño se lo introduje por delante, dejando colocándolo en su interior, ella soltaba el aire, sabía que aquello le estaba causando placer.

No quería dejar de pasar ese día de estimularla a través de los pezones, así que le puse una especie de gel fuerte y comencé a pellizcárselos mientras le formaba círculos con esa crema.

—Nico —hizo un gemido mezclado con dolor.

—Mika —dije apretándola más para ver como reaccionaba y vi cómo se encogía, no dejé de apretarla por mucho que la viera así, necesitaba llevarla al límite para poder poner ahí una cosa que ella había comprado, pero no me fiaba hasta comprobar su aguante, y aguantaba como una campeona, pero se revolvió de dolor, de placer, de ambas cosas.

Me estaba poniendo de lo más cachondo, me quité el pantalón, me puse un preservativo y la penetré con fuerzas, ella se agarraba a la mesa con fuerzas, no la toqué lo más mínimo, quería seguir disfrutando de su cuerpo y llevándola a aquello que me había pedido en varias ocasiones, terminé de correrme y la dejé ahí, fui al baño a limpiarme y volví dispuesto a seguir recreándome con ese cuerpo que tenía expuesto ante mí y que me volvía tan loco.

Puse un poco de gel en su culo y le comencé a meter el aparato pequeño dilatador, ella chillaba y jadeaba a partes iguales, yo iba con cuidado pero no me cortaba ni un pelo en mover eso con más soltura.

Se lo dejé colocado bien atrás y me fui a sus pechos, volví a apretar sus pezones con fuerza, esta vez al tener eso atrás colocado chillaba pero intentaba no moverse, eso quería yo, que comenzara a controlar todo aquello, estaba loco por hacérselo por detrás, pero conociéndome, debía estar más preparada.

—¿En qué piensas? —pregunté mientras apretaba sus pechos y me salía una sonrisa que ella no podía ver.

—¿Crees que con eso en el culo y esos pellizcos puedo pensar en algo? —preguntó con ese tono entrecortado por la falta de respiración.

La dejaba un poco relajada, sabía que eso la haría pedir y tener ganas de más.

Le saqué eso de atrás y metí dos de mis dedos aguantando sus piernas y sin darle tregua, tenía que ir más rápido, tenía que ver hasta dónde iba aguantando.

—Ufff —gritó soltando ese aire y yo no dejaba de mover mis dedos.

—Si me dices que pare lo hago...—No contestó, es más, noté que intento relajarse dejando sus caderas fijas sobre la mesa, estuve un buen rato con mis dedos dentro hasta que vi que ella comenzaba a acomodarse con esa situación y eso me volvía loco.

Le metí uno de los tantos vibradores por detrás de nuevo, lo comencé a meter y sacar con cuidado, aunque chillaba, notaba que no estaba tan contraída.

Lo saqué y cogí algo que no estaba seguro de hacer pero quería ponerla a prueba, era un vibrador doble, de esos que una vez dentro podías inflar más.

La empapé bien de gel por ambos lados y puse las dos entradas a la vez y fui metiéndolo poco a poco, sus soplidos no cesaban en ningún momento, pero yo iba notando que eso podía entrar sin problema, así que no me recaté en hacerlo y colocarlo a presión dentro, luego lo inflé un poco y cuando vi que ya no podía aguantar más paré, dejando esa presión dentro colocada.

—¿Bien? —pregunté poniendo la mano en su barriga.

—Sí —soltó una preciosa risa ahogada por el placer.

—¿Me atrevo a una cosa más? —pregunté apretando sus pezones con fuerte y dejándole entre ver que podía ponerle algo.

Afirmó con la cabeza, ni pronunció una palabra, la empapé bien de gel y coloqué esas pinzas que la hicieron chillar durante un buen rato, yo le acariciaba la barriga presionando para que no se levantara.

Esperé un poco para que se relajara y fue entonces cuando cogí su mano y la puse en su clítoris para que se tocara ante mí, lo hizo inmediatamente, yo la observaba con todos esos aparatos volverse loca y me volvía loco a mí también, estaba deseoso de hacérselo por detrás pero eso tenía aún que esperar.

Llegó al orgasmo y se quedó ahí tirada sin fuerzas.

—No te quites el antifaz por ahora —le dije antes de que lo hiciera.

No le quité nada, la quería dejar un rato con todo puesto, quería que se fuera dilatando y preparando para ese día en el que pudiera hacérselo por detrás, a mi forma, esa forma que era incapaz de hacer con cualquier mujer, pero que ella tenía que ser una de esas que lo hubiera probado.

—Quiero un cigarro —dijo un rato después causándome una sonrisa.

Le quité con cuidado el aparato que tenía en ambos lados y la senté en el borde, sin quitarle las pinzas de los pechos, le puse una copa de vino a un lado y le puse entre los dedos el cigarro encendido.

—Nico —dijo después de darle una calada.

—Dime preciosa —me puse entre sus piernas y besé su cuello.

—¿Sabes? Me siento genial sin ver nada, esperando el roce de tus manos, no sé, es una sensación extraña pero agradable, no ver y no saber que será lo próximo que pasará.

—¿Qué te gustaría que pasara?

—No sé, estoy abierta a todo —rio.

—Eso lo estoy comprobando —giré los ojos mientras sonreía —Por cierto, estaremos así hasta la hora de la comida, luego descansaremos y esta noche te propongo salir de copas, pero sin mezclar —maticé.

—Acepto —dijo emocionada mientras se fumaba el cigarro y bebía aquel vino.

Cogí un aceite corporal que había comprado y aún no había usado, comencé a extenderlo por los pechos, rodeando esas pinzas que seguían ahí a presión, aún podía intensificarlas más, pero preferí dejarlo para otro momento, ella gemía sonriente mientras se lo extendía por su barriga bajando hacia abajo, di un trago al vino, una calada y abrió las piernas, quería ese aceite en su interior y yo se lo iba a dar, comenzó a ponerse de lo más excitada y a moverse buscando que le diera lo que ella quería pero no iba a ser así, quería llevarla muy al límite y lo iba a conseguir.

La hice bajarse y ponerse frente a la mesa, no perdía el control de donde estaba la copa, eso me hacía gracia, le comencé a poner ese aceite por los hombros, por la espalda y a meter mis dedos por su ano, ella se ella un poco hacia adelante para dejarme movilidad, me ponía a mil Mikaela, era un diosa dejándose llevar por mis manos.

Luego de tenerla a mil me la llevé a la piscina a ciega, la rodee por mi cintura y comencé a devorarla a besos, la apoyé sobre mi miembro y la penetré, ella comenzó a enloquecer saltando sobre él, cuando me corrí ella estaba aún más ardiente.

—Voy a explotar —dijo mientras la sentaba en el borde para quitarme el preservativo y tirarlo a la papelera que había junto a la piscina.

—Quiero que explotes —sonreí trayendo dos copas de vino y dos cigarros al borde de esta, junto a ella.

—Nico...

—Mikaela, querías que te enseñara cosas, poco a poco lo estoy haciendo.

—Pero déjame rozarme —dijo un sorbo a su copa de vino.

—No te voy a dejar que te corras aún —me encantaba mirar las caras que me hacía con ese antifaz sobre los ojos.

La cogí en brazos y la besé mientras la abrazaba con fuerzas, era tanto lo que me hacía sentir que se me olvidaba el resto del mundo, se me olvidaba mi vida, todo aquello que había sido parte de mí, era una especie de pasado nublado, era todo lo que yo ahora no quería ser.

Salimos de allí y volvimos al sofá de la terraza, la senté a un lado del sofá y ella se ponía a hacer poses de lo más divertidas y sugerentes.

Llamé al teléfono de servicios de habitaciones y encargué una paella, había escuchado que era típico de una zona de España, al estar en esa isla perteneciente a ese país, deberían saber elaborarlas bien y me moría por probarla.

La senté en mi regazo de espaldas y la abracé, mientras ella se dejaba caer desnuda tan felizmente, con esas pinzas en los pechos que aún no le había quitado.

—¿Qué te gustaría hacer estos días que no sea solo sexo? —pregunté levantando la ceja, mientras miraba al mar.

—Aquí en la isla, sol, mar, beber, sexo y repetir siempre lo mismo —rio —en el siguiente destino quiero pasear, visitar, disfrutar en la calle de ti, de nuestros momentos de complicidad más allá del sexo, pero sin que falte —volvió a sonreír con fuerza.

—Yo quiero dejar en esta isla estos juegos, allí quiero disfrutar de tu compañía, de nosotros, de esos besos y esas caricias más allá del sexo pero viniendo de nuestros deseos...

—Joder, a que se me pone romántico —dijo pegándose una torta en el muslo mientras reía.

—No —reí y escuché el pitido de la puerta —Espera aquí, salgo a por la comida.

Salí y le dije que la dejara ahí, se fue y metí la mesa móvil que traía hasta la terraza, coloqué todo en la mesa y le preparé su plato frente a ella, yo me coloqué detrás, estaba sobre mis piernas, no le iba a quitar la venda para comer, quería que sintiera de otra forma ese paladar, cuando pierdes una de las sensaciones como por ejemplo la vista, las demás se intensifican, por eso como

práctica sexual era en algunos momentos buenos tapar los ojos, para intensificar la concentración en el placer.

La paella esta riquísima, como Mikaela, esa que no dejaba de gemir mientras la comía, le estaba gustando y mucho, movía sus caderas sobre mi miembro, era pura energía, era un volcán sumida en un mar de deseos.

Terminamos de comer y me la lleve hacia dentro, hice que se tendiera en la cama, estaba de lo más excitada, necesitaba que la tocara, pero no, ese no era mi plan.

Me desnudé y me tiré a su lado boca arriba, no tardó en ladearse y poner su pierna sobre mí.

La agarré la cintura y noté como se refregaba con mi pierna hasta bajar y poner su zona contra mi rodilla, sonreí al ver como comenzaba a disfrutar con ella hasta volverse loca, moviéndose desesperada, llegó al orgasmo como una campeona.

La subí hasta mí y le quité el antifaz, se refregó los ojos sonriendo.

—¿Mejor? —le toqué el pelo acariciándola.

—Sí —dijo con voz agitada.

Se quedó dormida sobre mi pecho y la acaricé con cariño, es lo que me producía, mucha ternura y protegerla siempre, no como su escolta, sino como un hombre que ama a una mujer, por mucho que me lo negara, estaba claro que eso sentía.

Esa tarde cuando se despertó nos bañamos un rato en la playa y luego subimos a cambiarnos, al final decidimos quedarnos en el hotel cenando en uno de sus restaurantes y tomando unas copas.

—Nico ¿No tienes la sensación de vivir así libre?

—Sí —reí —pero esto no es una opción de vida para nadie, es por un determinado tiempo, hay gente que se coge incluso un año sabático para viajar, pero nadie se queda así eternamente, pero sí, uno se siente libre de esta manera, viajando de lugar en lugar, descubriendo rincones que se te quedan grabados, unos más que otros y si encima es con una compañía como la tuya, la verdad que merece la pena quedarse eternamente así —la agarré por la cintura y la besé.

—Yo estoy viviendo un sueño, soñé mil veces con este viaje, me lo imaginé de mil formas y cuando me dijo mi padre que iba acompañada... ¡Por poco me da algo! Yo quería vivirlo libre, ir a mi bola, quería hacerlo sola.

—Y te impusieron que yo estuviera...

—Bueno eso tiene un pequeño matiz, lo que sé, que esto superó mis expectativas y si pensé que iba a ser el viaje de mi vida, ahora tengo claro que se convirtió en el mejor viaje que jamás mi mente hubiera podido imaginar.

—Me alegra, pero explícame eso del matiz...

—Bueno en otro momento —giró los ojos.

—Ahora... —dije en tono exigente.

—Cuando me lo hagas por detrás, te lo contaré —me sacó la lengua.

—¿Quieres ponerme a prueba?

—Ajá —jugueté con su pelo.

—¿Nos vamos para la habitación?

—Sí —se mordió el labio y puso su copa sobre la barra.

Fuimos hacia la habitación y al cerrar la puerta la pegué contra mí, metí mis manos por debajo de su falda y la apreté contra mi miembro, emitió un gemido.

Le saqué el vestido, la ropa interior y la puse apoyada sobre el aparador de la habitación, con el culo levantado, me coloqué el preservativo y puse bastante lubricante sobre el preservativo.

Le abrí sus nalgas y coloqué mi pene en la entrada, aguantando por las caderas.

—¿Preparada?

—No —rio y a mí me sacó una sonrisa —pero dale sin miedo.

No había forma, cuando intentaba entrar chillaba y se movía como una loca, pero me volvía a pedir de intentarlo, me puse las manos bien de gel y le metí dos dedos, sentía molestias, la notaba por sus movimientos y ruidos que emitía por la boca, cuando vi que ya dejaba de quejarse y que dejaba que los moviera más libremente, saqué los dedos y volví a colocarle mi miembro.

—Aguanta —dije apretando sus caderas y entrando poco a poco —Genial, Mika, genial — aunque la notaba tensa aquello pudo entrar mejor y comencé a moverme con movimientos cortos y lentos, ella chillaba pero estaba bien, una mezcla de placer y dolor pero que me permitía seguir penetrándola de aquella manera.

Se lo hice por detrás hasta correrme en un intenso orgasmo que me hizo caer sobre ella, apretándola con fuerzas, saqué mi miembro y note como ella soltaba el aire de alivio.

—Joder, pues sí que cuesta —dijo jadeando.

—Espérame en la cama —la besé y entré al baño.

Me puse entre sus piernas al volver y comencé a lamerle, a comerla, a tocarla para que se corriera y ella chillaba de placer, solo placer, me pedía que le metiera más dedos, que le diera más fuerte, y yo me volvía loco mientras mi lengua la llevaba al orgasmo con esos movimientos brutos de los dedos.

Cayó fulminante, agotada, le puse un poco de gel calmante en el culo y la tapé, me pegué a ella, pero antes de dormir tenía que resolver una curiosidad.

—Cuéntame ese matiz —le acariciaba la cintura.

—Bueno —resopló riendo —cuando mi padre me obligó a que tenía que viajar con seguridad privada sí o sí, me dijo que me llegara a la empresa de Manuel y que hablara con él, comenzó a enseñarme currículums y cuando te vi, te elegí, le exigí que te quería a ti, que lo consiguiera como fuera, quería jugar a volver loco a quien viniera, pero era a ti a quién quería agobiar, en el fondo había algo en ti que me llamó mucho la atención.

—No me lo puedo creer —mi boca no conseguía cerrarse.

—Así que fui tu diana...

—Eres mi gran todo, en ese momento eras curiosidad, ahora no sabría cómo describirte...

Me abrazó y me quedé dormido con mi cabeza bombeando por aquella información, me había dejado de piedra, pero en el fondo estaba feliz de que su elección hubiera sido yo.

Capítulo 19



Décimo octavo día, Lanzarote.

Me levanté y no estaba Mikaela, me fui a la terraza y ahí estaba, tomando un café, sentada en el sofá en la esquina abrazada a sus piernas y llorando con una pena que me dejó con mal cuerpo.

—Ey —me senté al lado de ella y puse mi mano sobre una de las suyas que rodeaban sus piernas —¿Qué te pasa?

—Estoy triste...

—Mikaela ¿me abrazas?

—Necesito estar así un rato... —su voz era entre sollozos, con el alma encogida.

—Mika, no te quiero ver así ¿puedo ayudarte en algo?

—No, nadie me puede ayudar —su llanto se clavaba en mi pecho como puñales.

Se encendió un cigarro y yo otro, me eché un café, me quedé acariciando su pierna y esperando a que hablara.

—Mikaela —la intenté coger, no quería, pero al final conseguí ponerla de lado en mis piernas y abrazarla.

—Quedan doce putos días para que mi padre me desgracie la vida —dijo llorando como una niña chica.

—No digas eso —intenté secarle las lágrimas pero volvían a caer una tras otra.

—No voy a conseguir ser libre en mucho tiempo, no quiero vivir encadenada a una vida que no deseo, no quiero volver —decía llorando de forma desconsolada.

—Pero has terminado tu carrera, podrás hacer tu vida, podrás hacer todo aquello que desee.

—Ahora conseguiré una plaza que no me darán hasta el año que viene, tendré que hacer prácticas, tendré que vivir hasta entonces bajo la sumisión de mi padre, no es que me tenga encadenada, pero no me deja estar con quién yo quiera, me tiene que imponer con quienes moverme o codearme —decía desesperada —No quiero separarme de ti —lloraba con todas sus fuerzas, me quedé helado y la abracé fuerte contra mí.

—Veremos qué podemos hacer, Mikaela, yo tampoco te quiero perder, pero no puedo ofrecerte ahora mismo una vida como te mereces, sabes poco de mí —estaba a punto de echarme a llorar, cosa que me impresionaba a mí mismo.

—Déjame vivir contigo, déjame que trabaje aunque limpie escaleras, hagas las prácticas y consiga mi trabajo, no quiero separarme de ti —decía de forma desconsolada.

—No vivo como crees y no sería un lugar en el que te sintieras cómoda, déjame pensar estos días, vamos a ver qué podemos hacer —la sujete la cara con mis manos y la bese mientras seguía rota de dolor.

No podía meterla en mi casa móvil, no por mí, por mí me iría con ella y Conan debajo de puente, pero esa vida no se la merecía, tenía que conseguir otro trabajo y ya con dos nominas podría alquilar mi casa, dinero tenía de sobra, más del que nadie pudiera imaginar, pero no tenía la documentación necesaria que exigían para ese tipo de contratos, a no ser que me fuera a una zona marginal y alquilara de aquella forma, pero sería ir a peor, para eso me quedaba en mi terreno, donde podía construir algo, pero mientras tanto, no era vida para ella, quizás debería de esperar a que yo reorganizara mi vida, pero tampoco quería romper esos lazos familiares con su padre, al fin y al cabo era su lazo familiar más importante y a mí, por lo poco que sabía de él, no me iba permitir ni aprobar el estar con su hija.

—Vamos a coger el coche y pasear por la isla, vamos a ir a ver algunas cosas, coger aire y ya pensaremos algo —la abracé con fuerzas.

—Júrame que no me olvidarás —lloraba a lagrimas tendidas.

—Jamás, Mika, jamás...

Ese día tenía que entretenerla, la llevaba con las gafas de sol en mi coche llorando desconsolada, me maldecía mil veces por no haber tenido una vida ejemplar a base del trabajo y esfuerzo, no de aquella manera que me llevó a estar como estaba ahora, sin un futuro ante los ojos de la gente y sin la posibilidad de comprar una buena casa a pesar de tener el dinero, un dinero que tenía que conseguir introducir al mercado legal como fuera, tenía que lavarlo, tenía que luchar por tener una vida que ofrecerle a ella, yo también me negaba a perderla.

Fuimos al Timanfaya y vimos volcanes y muchas cosas más que nos encantó como lo explicaron e impresionaba ver la realidad de cómo funcionaba la madre naturaleza.

Recorrimos calas, playas, paseamos, tomamos un helado, yo le gastaba bromas todo el tiempo, ese día era difícil sacarle una sonrisa.

Volvíamos al hotel tarde, ella estaba muy cariñosa pero a la vez seguía con esa seriedad que no conseguía sacarle de la cabeza.

Cuando se quitó la ropa me fui para ella, le quité la braga y la cogí en brazos, la coloqué sobre mi pene que ya tenía colocada la funda y comencé a hacérselo en brazos mientras ella me abrazaba llorando y yo disfrutaba mientras estaba roto de dolor de verla así.

Terminé y la puse sentada en el borde de la cama, me limpie, y me senté a su lado, luego la puse en mi falda.

—No puedo prometerte algo que no pueda cumplir por mucho que desee hacerlo, pero si te puedo prometer que voy a luchar por que estamos juntos —provoqué que volviera a llorar de nuevo abrazada a mí.

Esperé que se calmara un poco y la besé con intensidad, quería llevarla a un orgasmo para que durmiera más relajada, así que mientras la besaba, metí mi mano entre sus piernas, esta vez no se abrieron a mí, pero yo insistí y conseguí que se apartaran un poco.

—Ábrete por favor —mi tono era cariñoso pero serio, ella abrió un poco más las piernas y comencé a jugar con mis dedos en su zona húmeda, mientras no apartaba la mirada de su rostro que se iba convirtiendo en placer, aunque con el rostro sin una pizca de sonrisa.

Con mi otra mano hice que se girara un poco y se tirara de espaldas a mí, apoyada sobre el suelo y comencé a acariciarle esa parte que sabía que la encendía con los círculos de mis dedos y mientras con los otros toqueteaba en su interior.

Nos tiramos en la cama y la abracé llenándola de mimos y besos, hasta que se quedó dormida, yo esperaba que al día siguiente se encontrara mejor.

Capítulo 20



Décimo noveno día, Lanzarote.

Esa mañana me desperté muy temprano, hable con el hotel y pedí un desayuno romántico, venían con flores y con muchas cosas como bombones, yo, que era la persona menos romántica del mundo, ahí estaba preparando la mesa de la terraza cuando trajeron todo.

Me fumé un cigarro esperando que se despertara y cuando lo hizo y apareció se puso las manos en la cara y comenzó a llorar de nuevo muy a mi pesar.

—No, no quiero que llores —la abracé y levante un poco del suelo.

—Esto no lo voy a superar —seguía llorando como una niña.

—No quiero que pienses así, ni que pienses si quiera, no puedo verte así, cariño —sujete su cara con mis manos y la bese durante un buen rato, quería calmarla a besos, estaba derrotada, está mal, se le notaba caer en picado.

Nos sentamos a desayunar uno al lado del otro, ladeados, charlando, intenté animarla parecía que le iba a dar algo a esa chiquilla, con la mirada perdida, el corazón encogido llorando desconsolada y yo no conseguía aliviar ese dolor, me maldecía por ello.

Después de desayunar nos fuimos a la playa, queríamos pasar el día tomando el sol, ella estaba cariñosa conmigo, pero apenas hablaba, parecía como si estuviera sumida en una profunda depresión y eso me preocupaba.

Era todo el tiempo hablando yo, en el desayuno, en la comida, en la playa, en la habitación y ahora cenando en ese restaurante, mientras ella miraba el plato y lo movía, no tenía ni apetito, eso me estaba matando.

—Mikaela, no puedo seguir viéndote así.

—No puedo evitarlo —su tono seguía muy triste.

—Entiende que todavía no nos hemos ido, te prometo que el último día pondremos todas las barajas sobre la mesa e intentaremos encontrar una solución a eso que tanto te hace sufrir y que a mí me duele.

—No puedo evitarlo —repitió.

Esperé a terminar la cena y nos fuimos a la habitación, yo ya estaba derrotado psicológicamente, verla así me partía el alma, nos acostamos y la abracé contra mí, no la toqué en todo el día de otro modo que no fuera cariñoso, aunque deseaba tocarla y hacerlo con todas mis ganas, solo quería que ella estuviera bien y en ese momento no lo estaba, me preocupaba mucho que al día siguiente siguiera igual, no quería que el último día en la isla lo pasará así.

Capítulo 21



Vigésimo día, Lanzarote.

Me levanté al escucharla recogiendo el desayuno al camarero, así que llevaría un rato despierta.

Salí y le vi la cara con mejor color, me dio un abrazo con los buenos días, su tono era cariñoso pero un poco más relajado,

—¿Mejor?

—Sí —estaba muy tímida, le eché el café y la senté en mi falda, necesitaba tenerla cerca.

Nos encendimos un cigarro y me miró sonriendo.

—Perdona por lo momentos que te hice pasar —su gesto sincero denotaba arrepentimiento.

—Tranquila, no me importan los momentos por los que tenga pensar, me duele el verte llorar de esa manera desconsolada, sintiendo que no puedo hacer algo por aliviarte dicho sufrimiento.

—Llevaba muchos días sonriendo pero poniendo mucho dolor y pensamientos que me causaban tristeza, exploté...

—No debes esperar a que explote el vaso, debes de saber gestionar tus emociones.

—Nunca he sentido tanto —se eché en mi hombro y me beso.

—Mika, solo quiero disfrutar al máximo de los días que nos quedan juntos, quiero verte reír, disfrutar, sentir, gemir, pasear, pero todo sonreír, quiero verte sonreír, lo contrario nos hace mucho daño a los dos.

—Lo intentaré —sonrió girando para sentarse sobre la mesa y comer la tostada mientras me miraba.

—Estás preciosa —le acaricié la pierna.

—Hoy toca shopping —me sacó la lengua.

—Sí —sonreí —me toca comprar imanes —levanté la ceja.

Desayunamos bromeando, ella estaba ya más suelta, vinieron a retirar el desayuno y nos quedamos con otra cafetera sobre la mesa.

Quiero rozarme —dije buscándome la lengua y sentándose encima de mí, moviéndose, me encantaba que volviera esa chica risueña donde se volvía loca por el sexo junto a mí.

La cogí por las caderas y la ayudé un poco, además le aparté la braga para que se rozara mejor, quería verla disfrutar con esa sonrisa que le estaba volviendo la cara, sobre mi pantalón fino, notándose mi miembro gimiendo de felicidad.

Se corrió y se abrazó a mí, me encantaba verla así.

Volví a echar dos café, la tenía en mi falda, con esa sonrisa, me empezaba a sentir aliviado de volver a recuperar a esa Mikaela dicharachera, nos metimos a dentro y nos cambiamos, no quise

hacerlo por la noche le daríamos una buena despedida a la isla, quería disfrutar de nuevo de ella ante mí, con tranquilidad, volviéndola loca de placer.

Cogimos el coche y nos fuimos de compras, comimos por la zona, paseábamos de la mano ella estaba muy simpática y bromista, a mí me estaba subiendo la temperatura poniéndome a mil por horas, deseaba llegar al hotel y tirarla en aquella mesa para comenzar a jugar con ella.

Llegamos al hotel por la tarde, subí las bolsa y ella me esperó en un bar pidiendo dos copas, bajé y nos quedamos allí bebiendo animadamente.

—Mañana cambio de destino —su tono era seductor y emocionado, al menos no pensaba en el día menos o intentaba obviarlo.

—Sí, me apetece mucho —le hice un guiño.

—Menos mal que el vuelo sale tarde, no hay que madrugar corriendo, odio desayunar a toda prisa.

—Doy fe —soné divertido.

Y como no, una copa llevó a la otra y nos dio las once de la noche achispados.

—Ya si nos vamos —la agarré para llevarla a la habitación.

—La última —se agarró a la barra.

—La última te la preparo yo en la habitación —dije en su oído.

—Vale —me señaló con el dedo con una cara de borracha que no podía con ella y a mí me hacía gracia, rezaba que al día siguiente no le jodiera el vuelo la resaca.

La llevé a la habitación y preparé dos copas, cuando salí a la terraza ya estaba encima de la mesa desnuda, con las rodillas flexionadas y las piernas bien abiertas, me hizo gracia, yo no le había dicho nada.

Puse las dos copas arriba de su cabeza a un lado.

—Y bien ¿Qué te apetece? —pregunté frotando el interior de sus piernas.

—Lo que quieras, dame duro —se sopló una ña provocándome una risa.

—Espera —entré a coger de la bolsa el antifaz y se lo puse, luego saqué varias cosas que quería probar con ella, el primero un vibrador con una especie de funda de látex a la que le puse un gel arenoso que había probado en otra mujeres en muchos momentos.

Le metí eso por su zona húmeda y ella se abrió más, cuando noto esa sensación de gránulos en su interior que se disolverían solos, comenzó a gemir como loca, aproveché para darle unas buenas embestidas con aquel aparato que la estaba volviendo loca. Con la otra mano le puse gel en sus pezones y le coloqué las pinzas, sabía que la iba a doblar de dolor pero que se iba a convertir contrarrestado en un placer desmedido.

Le encendí el vibrador y se lo dejé ahí colocado, yo me llené las manos de aceite y comencé a masajear cada parte de su cuerpo, deslizando mis dedos de una forma mágica, ese aceite hacía perderse en los placeres de su cuerpo, le introduje mis dedos por detrás y comencé a sacarlo y entrar causándole una explosión de excitación que la estaban llevando al límite.

Le di duro, la quería ver doblarse ligeramente y contraerse, me volvía loco, con la otra mano comencé a tocar su clítoris, quería encenderla más llevarla a donde ella quería y llegó, cayendo sin fuerzas sobre la mesa y respirando fuertemente.

Le saqué el vibrador y la dejé libre, la ayudé a bajarse de la mesa y la puse boca abajo, con los pies en el suelo y su cuerpo en la mesa, la penetré de una estocada por delante, hice unos movimientos brutos y la saqué, se le metí por detrás lentamente mientras ella se quejaba a la vez que emitía gemidos, volví delante donde le daba bien duro, para luego hacerlo por detrás de nuevo, suavemente.

Capítulo 22



Vigésimo primero día, Frankfurt.

Desperté y encargué el desayuno mientras Mika se iba espabilando, metí varias cosas en la maleta, ese día salíamos para Alemania y aunque no había prisa, quería dejar todo listo lo antes posible.

Preparé todo en la mesa de la terraza, me fumé un cigarro, dos, tres y tuve que ir a por ella, no había manera ese día de que se levantara.

—Mika, el desayuno está en la mesa —me senté a su lado y le acaricié la barriga descubierta, estaba solo en bragas, una belleza irresistible con ese cuerpo de infarto.

—Jo, quiero dormir —se revolvió.

—Bueno, luego lo haces en el avión, vente anda —volví a tocar su barriga.

—Estoy muy a gusto —volvió a quejarse.

Me pegué a ella que estaba de lado, quedando tumbado atrás le pasé la mano por la barriga y besé su mejilla, tenía mi cabeza sobre su hombro.

—Mikaela...

—No quiero desayunar, quiero dormir - su tono era mimoso.

La giré para ponerla hacia arriba y me puse entre sus piernas, le bajé las bragas mientras se quejaba con gruñidos y coloqué mi boca en sus partes y comencé a lamerla como loca, se contrajo de placer y le di con ligereza en esa parte que tanto la hacía enloquecer, iba jugando por toda su zona con mi lengua, a veces dándole unos pequeños bocados la hice llegar al orgasmo y sonreí besando su parte que ahora estaba cerrada por sus piernas.

—Ahora te espera el café —dije levantándola.

—Estoy muerta —se volvió a quejar.

—Lo sé, pero hoy toca cambio de ruta, así que a coger fuerzas...

La llevé casi a rastras, pero la puse a desayunar a la fuerza, ella no paraba de resoplar quejándose pero me daba igual, al final se relajó tomando el segundo café y fumando un cigarrillo, iba cobrando vida, sentada en lo alto de la mesa, le encantaba estar ahí.

—¿A qué horas nos vamos? —cogió un plátano y comenzó a mordisquearlo subiendo la calentura de mi cuerpo, eso hacia volar mi imaginación.

—A las cuatro y deja de morder eso así o cojo el que hay en la mesa y te lo meto dentro —le hice un guiño sin ni una sonrisa.

—Esto me lastimaría —dijo en plan burlona haciéndolo peor.

Entre a por un látex que se le ponía a alguno de los vibradores y salí, sin sonreír, pelé el plátano que había en la cesta y lo metí en la funda, le hice un nudo y se lo enseñé mientras ella

ponía cara de alucinada.

—Abre las piernas y échate más al borde —mi respiración estaba agitada, no me salió ni una sonrisa ya quería ver eso dentro de su interior, tocarla y causarle placer conseguía hacerme poner de lo más excitado. Había acabado de comerse el plátano y se encendió un cigarro con descaro.

—No me lo puedo creer, Nico —dijo pegándose a fuera.

Le quité las bragas y le abrí sus labios, lo metí por delante mientras ella permanecía sentada dándole una calada al cigarro.

—¿Qué tal ? —pregunté cuando noté que estaba la punta de este tocando al fondo del todo con presión, quedando una parte fuera, la verdad es que era un señor plátano.

—Bien —sonrió y dio otra calada.

—¿Quieres probarlo por detrás? —mi rostro era serio pero la miraba desafiante, con una muy leve sonrisa.

—Claro —sonó a no importarle, ella misma se bajó, se dio la vuelta, se dejó caer sobre la mesa y levantó sus caderas para que quedara a buena altura.

Le apreté la nalga con fuerzas, me ponía a mil esas partes cerca de mi cara, le eché un poco de gel al forro que contenía el plátano y comencé a introducirlo con mucho cuidado por detrás, ella jadeaba y chillaba a partes iguales, sabía que se estaba mordiendo el dedo, yo seguía sin preguntarle hasta que comencé a sacarlo y meterlo con cuidado, con movimientos cortos y suaves ella se puso a chillar demasiado le pasé uno de mis dedos por su clítoris, lo acaricié un poco, no dio tiempo a más y estalló en un orgasmo que la dejó tirada sobre la mesa de lo más agotada. Saqué el plátano y lo tiré a la papelera, le pedí que se quedara tal cual y la penetré por delante, con fuerzas, pegándole palmadas seguidas y en su cadera, apretándola con fuerzas como si la fuera a atravesar, tuvo un señor orgasmo.

La levanté y me la llevé a la ducha, la enjaboné jugueteando con su cuerpo, el problema es que yo con ella quería más y terminaba metiéndole mis dedos por sus partes sin control, mientras el agua de la ducha se deslizaba con fuerzas por nuestros cuerpos y Mikaela se dejaba llevar, era algo que me impresionaba, con esa edad y esa mente abierta.

Se agachó y comenzó a lamer y comer mi miembro de una forma desmesurada, eché mi cabeza hacia atrás y me dejé llevar, ella sabía hacerlo como nadie, me corrí quedándome completamente desfogado.

—Quiero correrme en el avión —dijo mientras se vestía.

—No, no quiero que nos bajen por escándalo público —me puse nervioso solo de pensarlo.

—Prometo no chillar, solo quiero que me toques mientras el avión está a mucha distancia del suelo.

—Por los aires, vamos —negué riendo.

—Lo quiero, de verdad, llevo pensándolo varios días.

Se puso un traje suelto tipo niña de la casa de la pradera, estaba preciosa.

—No te pongas bragas, lo intentaré, según como vea la cosa.

—¡Hecho! —Exclamó feliz.

Nos llevaron al aeropuerto y embarcamos en un vuelo donde en primera clase solo íbamos nosotros, además con un departamento que se podía echar las cortinas y te quedabas en la intimidad, eso le gustó a Mikaela, que en cuanto se estabilizó el vuelo en el aire se abrió las piernas haciendo la gracia.

Teníamos sobre nosotros las mesas de los sillones de adelante, además cerré la cortina como si fuéramos a descansar, le eché su sillón un poco hacia atrás y metí mi mano por debajo de su

vestido, notando que ya estaba húmeda, esa mujer vivía en un continuo deseo sexual, el sueño de cualquier hombre.

Metí mis dedos y jugueteé un poco en su interior, luego me fui al clítoris y comenzó a respirar agitada, tenía su mano en la boca para no chillar, la toqué suave, sin sobresaltos para que fuera más relajado que otra cosa hasta que se echó hacia delante y se revolvió en ese orgasmo.

Le apreté el muslo en un gesto de afecto, se echó para atrás y resopló, se quedó dormida de seguida, me encantaba, me volvía loco esa forma de ser.

Capítulo 23



Vigésimo segundo día, Frankfurt.

Aterrizamos en Frankfurt, me encantaba la arquitectura de aquella ciudad.

Nuestro hotel estaba en una calle muy concurrida, nos dejaron en la puerta de la casa donde nos esperaba un conserje para darnos la llave.

Era una casa de alquiler vacacional pero individual, una pasada, un baño gigante con un jacuzzi, un salón con una mesa gigante, salón, la mesa central, una televisión que cogía una buena parte de la pared, una pasada y el dormitorio principal más aún, con una cama, una banqueta, un sofá todo muy de estilo vanguardista, me encantaba. Cocina con una barra impresionante que dividía ese habitáculo del salón, era una pasada y un patio interior con un sofá tipo árabe que cogía dos esquinas de la pared y una mesa, la casa era la caña.

Colocamos todo, estaba oscureciendo, salimos a un super a comprar de todo, esa noche íbamos a descansar, al día siguiente patearíamos la ciudad.

Mikaela se tiró sobre aquel sofá después de cenar un sándwich, estaba agotada, el viaje le había sentado fatal a pesar de pasarlo durmiendo, decía que le había hinchado mucho las piernas y era verdad, sus tobillos estaban más anchos de lo normal, le hice un masaje en los pies.

—Nico, mañana quiero que hagamos algo...

—A ver, sorpréndeme —le masajeaba los tobillos y las piernas.

—Me vas a decir que no, pero me haría mucha ilusión.

—Dime...

—Vamos a hacernos un tatuaje igual pequeño que tenga un significado para los dos de este viaje, como el mapa de Europa, su silueta, o un avión, algo que llevemos siempre en nuestra piel y nos recuerde a este gran viaje.

—¿Tú quieres que tu padre te mate?

—No lo verá me lo haré en un lado de mi bajo vientre.

—Mira, ahí me lo haría yo también —solté una risa por su ocurrencia. —Si lo deseas, nos tatuamos, no estaba en mis planes, pero tampoco pasar los días más bonitos de mi vida junto a ti.

—Ay ¿de verdad? —se levantó emocionada y se puso de cuclillas en mis piernas frente a mí, cayendo como no encima de mi miembro rozando el suyo, eso que tanto le gustaba.

—Si —dije notando que ya comenzaba a moverse, la apreté por las caderas y la ayudé a colocarse mejor, ni se quitó las bragas pero ya estaba de lo más excitada.

—Desnúdate —dijo sin moverse.

La aparté a un lado, me quité la ropa, le quite sus bragas y camiseta y la senté de nuevo ahí, en ese lugar que tanto le gustaba buscar su placer.

Se volvía loca rozándose, además con fuerzas y ligereza, yo la ayudaba, perdía el norte y movía su cuerpo con desesperación, se corrió cayendo en mí y la cogí en brazos y me la llevé a la cama.

Me tiré encima de ella y la penetré aguantando sus manos por encima de la cabeza y mirándola fijamente, quería ver cada gesto de placer que le producían mis estocadas, ella disfrutaba mucho con el sexo, le encantaba que se lo hiciera de mil formas, que la sometiera a mil voluntades, ella era feliz teniendo contacto con mi cuerpo.

Capítulo 24



Vigésimo tercer día, Frankfurt.

Preparé el café y unas tostadas en la cocina mientras miraba esa enorme barra ancha a modo mesa que separaba la cocina del salón, ya me la imaginaba ahí tirada y yo sometiéndola a lo que yo quería hacer con ella.

Preparé todos los juguetes y geles en el hueco que había debajo de ella, sobre la encimera esa puse el desayuno, después sería cuando quería hacerla experimentar nuevas emociones.

Se levantó sonriente al ver todo preparado, me abrazó y besó, era muy cariñosa y eso me gustaba mucho de ella.

Nos sentamos en las banquetas a desayunar y charlar, queríamos ese día ver muchas cosas e ir por la tarde a alguna taberna típica alemana a beber cervezas.

—Hoy o mañana nos hacemos el tatoo —me recordó al terminar.

—Bueno miraremos que sea un buen sitio y preguntaremos que cuando nos lo puede hacer, lo mismo no nos cogen al momento.

—Yo se la chupo y nos dejan —bromeó.

—Bueno pero antes quiero probar aquí en esta mesa una cosa que aún no te puse.

—¿Lo qué? —preguntó curiosa.

—Un succionador de clítoris...

—¿Eso lo compré yo?

—Ajá, además te lo cambié con disimulo en la cesta por uno más potente.

—¿Pero de que trata a ver si me lo va a arrancar ? —se refirió a su clítoris.

Me levanté para despejar la barra y recoger todo, le dije que cogiera un cojín para apoyar la cabeza y se tirará ahí como ella sabía, que era con las rodillas reclinadas y bien abierta.

Ni un minuto y ya la tenía feliz de la vida, ahí tirada, expuesta ante mí.

—Quiero que me tapes los ojos —exigió riendo.

—Claro —saqué del hueco de bajo de la barra el antifaz y se lo puse.

—Nico...

—Dime guapa —me eché un poco de aceite en las manos para refregarlas en su cuerpo, luego nos ducharíamos pero ese día quería exponerla un poco más y hacerla algunas cosas que deseaba, luego me la llevaría a disfrutar del día por la ciudad, pero ahora decía a ella, a esos momentos que le encantaba que yo le proporcionara.

—Nada, nada, era una tontería —mis manos acariciaban su cintura impregnándola con ese aceite.

—¿No me lo quieres decir?

—En otro momento —rio.

—Está bien, abre un poco más —mete dos de mis dedos por delante con ese aceite y tire hacia fuera con mis dedos desde dentro, causando en ella la primera contracción, solté un poco para que se relajara y cuando la vi así volví a tirar y otra vez se contrajo, se lo hice varias veces y luego le junté un poco de lubricante en la entrada de su culo, aún no la iba a tocar pero la estaba preparando para lo que quería.

—Nico, me vuelves loca —se puso la almohada sobre la cara.

—Mikaela, te voy a colocar un vibrador que nos has probado en tu vagina, queda interior, con un hilo por fuera, dije metiendo a presión era gordo, lo voy a encender y aguanta hasta que no puedas más y yo deje la intensidad ahí.

—Vale —ya estaba bien dentro y le di al mando, subía la intensidad pero ella no reaccionaba, solo respiraba con agitación hasta que fui subiendo y...

—¡Para! —exclamó sin fuerzas y lo dejé en esa intensidad que ya la estaba excitando y mucho.

Le saqué el culo más afuera, necesitaba quedar perfecto para penetrarla, puse mi punta en la entrada con lubricante, ella agarró fuerte la almohada y yo preparé el succionador de clítoris, le abrí los labios y lo puse presionando con esa especie de maquinilla de afeitar con una boca hueca redonda sobre su rincón, le di a la máxima potencia y eso la hizo reaccionar a chillidos mientras yo aprovechaba y la penetraba por detrás, se estaba volviendo loca, pero no me ponía impedimento a nada, entre, la empecé a azotar y me corrí a la vez de ella, no habíamos tardado nada, pero es que éramos dos bombas expansivas.

Le saqué mi miembro y puse el aparato a un lado, jalé del hilo para sacarle esa especie de bala que ya había parado con el mando, la hice levantar y la cogí para que se levantara, nos abrazamos y la besé con muchas ganas, me estaba dando los mejores momentos de mi vida, solo me faltaba amarrarla y someterla a otro tipo de cosas más severas, quizás un día, pero por ahora, estaba siendo una perfecta compañera sexual.

Me tiró bromeando a la cama y se tiró encima mía, era insaciable, se comenzó a rozar con mi miembro mientras me miraba con picardía, tenía veinticinco años, estaba muy nueva, desatada por unos juegos que le hacían querer cada vez más y no se conformaba con un orgasmo, ella iba a por más, mucho más y yo quería satisfacerla en todo.

Cuando volvía a estar con los roces desatadas, me pidió que la tocara se puso boca arriba y la toqué de forma rápida y dura, presionando con todas mis fuerzas consiguiendo que llegara a ese segundo orgasmo que tanto quería.

La cogí en brazos y me la llevé a la ducha, estaba saciada, feliz, se le notaba en la cara, nos secamos y nos fuimos a la calle.

Frankfurt era precioso, parecía sacado de un cuento de hadas, como decía Mikaela, compramos un perrito caliente callejero que estaba delicioso, paseamos y dimos con un tienda de tatoo que tenía muy buena pinta, pero nada, no tenía cita hasta para un mes, increíble, así en dos sitios más, al final descartamos el hacerlo en Frankfurt quizás en el siguiente y último destino, ahora tocaba disfrutar de esa ciudad, donde la llevaba abrazada, de la mano, de mil maneras, pero siempre pegada a mí.

Ese día fue perfecto, llegamos de cerveza hasta la frente, ni nos tocamos, caímos rendidos cuando nos abrazamos y quedamos dormido, el día había sido largo.

Capítulo 25



Vigésimo cuarto día, Frankfurt.

—Buenos días —dijo sonriente desde el quicio de la puerta —Hoy he preparado el desayuno yo —tocó las palmas emocionada.

—Buenos días, bonita —sonreí y me levanté rápidamente a abrazarla —Ahora voy, entro al baño —le di un beso en los labios.

Volví unos minutos después a la cocina y me morí con ella, las tostadas cortada a modo corazón.

—Ay, que linda eres —la abracé fuerte y la apoyé sobre mí que estaba en una banqueta —Me encanta lo que has preparado —dijo cogiendo su cara entre mis manos y besándola.

—Nico...

—Dime —sonreí mirándola mientras se tocaba el pelo y yo la sujetaba por la cintura.

—Quiero que esta noche preparemos una cena romántica, que compremos las cosas y lo decoremos todo bonito con velas, música de fondo, tomemos vino y nos acostemos borrachos pero sin dejar de disfrutar el uno del otro, pero sin vibradores ni nada, solo tú y yo.

—Eso me parece magnifico, pero te propongo algo, quiero prepararla yo, lo tenía pensado, salimos compramos cosas, me dejas entrar a algunos sitios mientras tú me esperas en una cafetería y yo me encargo, confía en mí.

—Joder la idea fue mía.

—¿Uno cada noche?

—Vale, pues hoy comienzas tu —rio.

—Está bien —la señale a que se sentara para desayunar.

—Quiero recordar estas dos noches como algo mágico —se le notaba una ligera en esa cara.

—Claro, pero no pienses en nada, prométemelo.

—Te lo prometo —sonrió tocando mi mano y comenzó a desayunar.

Salimos a pasear esa mañana de forma relajada, recorriendo la ciudad, comimos en un lugar de comida rápida, eso le perdía a ella, pero tenía una figura espectacular y un físico agradecido, era un bombón andante.

—Necesito que te quedes en la casa y yo vaya a encargarme de todo— dije después de tomar un café por la tarde y pasando por delante de la puerta.

—Vale, pero no tardes.

—Seré rápido.

Me fui comprando al super, a una pastelería, a una floristería y por último a un sitio que tenía pensado, dudé pero lo hice, tenía poco tiempo ya a su lado y no sabía que iba a ocurrir.

Llegué a la casa con las bolsas cerrada, ella fumaba un cigarrillo en aquel patinillo que yo quería preparar la cena, ahí corría un poco de aire y la noche estaba perfecta.

La abracé y me quedé un rato a su lado, rodeándola con mis brazos, me encantaba sentirla cerca, me encantaba disfrutar de su compañía, me había hecho a ella.

Un rato después fui al baño y comencé a llenar la bañera, se la llené de sales que relajan y puse varias velas, apagué la luz y la llamé.

Le abrí la puerta y le dije que se metiera y disfrutara, le dejé dentro mi móvil con música de baladas de películas como a ella le gustaba, saltó emocionada y me hizo caso, se metió en ella y se quedó relajada mientras yo me iba a preparar todo.

Una sábana blanca a modo mantel puse sobre la mesa del patio, desde la puerta del baño al patio, todo lleno de pétalos de flores rojas y blancas.

Una rosa preciosa preparada en el lado de su mesa con un bolsita pequeña de cartón muy bonita, dentro contenía algo que esperaba que le hiciera mucha ilusión.

Preparé la ensalada de pasta que había comprado ya con todos los ingredientes, acaba de hacer en la zona de restauración del super y la coloqué en una bandeja.

Luego dos platos, uno para cada uno con unos canapé relleno de una ensalada de marisco, tenía una pinta brutal.

Una botella de vino y las copas, unos bombones formando un corazón sobre un lado de la mesa para luego y ¿Quién me había visto y quién me veía ahora? En mi vida había salido esa parte de mí, pero lo deseaba, quería que ella se sintiera especial, que disfrutara en atenciones.

En el congelador dejé una tarta nevada de chocolate con fresas, eso lo sacaré luego, entré al baño y estaba ya secándose, se rio echándome y me llevé el móvil le dije que le esperaba en el patio.

Cuando escuché la puerta del baño y me asomé, la vi sonreír mirando ese pasillo de flores blanca y roja, le di al play del móvil y lo dejé a un lado, comenzó a sonar la canción que yo había elegido, de la película que habíamos visto de La boda de mi mejor amigo, “I Say A Little player”, la agarré de la mano y le di la rosa que había sobre la mesa, la abracé y comenzamos a bailar pegados esa canción, sonriendo, estaba preciosa con un camisón de lencería roja, que le quedaba de muerte, se puso la flor en el pelo, sus labios rojos con esos dientes perfectamente blanco, me hacían derretirme de la emoción.

—¿Cenamos? —señalé cuando terminó la canción que habíamos bailado en ese momento tan bonito y especial que habíamos conseguido.

—Claro. ¿Qué es esto? —preguntó señalando a la bolsita y emocionada viendo la mesa preparada, mientras yo servía las copas de vino.

—Ábrelo —dije en tono sonriente y bajo, estaba super emocionado de verla con esa sonrisa y esa mirada cómplice que me transmitía.

Comenzó a llorar al ver una preciosa sortija de oro blanco, se la colocó en su dedo y me miró con lágrimas en los ojos.

—No te pido que seas mi mujer y que te cases conmigo, no creo que sea el momento —cogí su mano y me arrodille ante ella —te pido que hagamos lo posible por construir un futuro junto aunque tengamos que esperar un año, aunque tengamos que vernos a escondidas, déjame arreglar una parte de mi vida y vamos a preparar todo para que tu padre me acepte.

—Y si no te acepta, no me importa, quiero estar contigo siempre y esperaré a que arregles lo que tengas que hacer, a mí me da igual que me desherede, que me haga una cruz o que me amenace con joderme la vida si no sigo el camino que él quiere, yo solo quiero estar contigo —me abrazó

llorando.

¿A tanto llegaba el padre? Maldito rico impuesto por verse bien ante los ojos del mundo, sin pensar si quiero en la felicidad de su hija, pero yo sí, yo iba a luchar por hacerla feliz, aunque me costara un año de esfuerzo para poderla meter en una vivienda digna, no que la mía no lo fuera, pero no merecía sacarla de su vida para meterla en una casa rodante, además había terminado sus estudios y podía luchar por esa buena plaza.

Nos abrazamos y yo también lloré.

—Te juro que te voy a esperar todo el tiempo que haga falta, solo te pido que tu hagas lo mismo —dije mordiendo su hombro mientras lloraba, ella estaba igual de emocionada.

Cenamos y vi dibujada esa sonrisa en su cara, nos habíamos prometido que aquello no se acabaría allí por mucho que la vida nos pusiera piedras, nosotros la íbamos a saltar.

Estuvimos muy cómplices y cariñoso en todo momento, bebimos el vino y al final de la comida saqué la tarta helada, ella me miraba con ojos de amor, yo con ganas de meterla en mí y no soltarla en toda mi vida.

Después de la cena la cogí en brazos, la llevé a la cama y la besé con pasión cada rincón de su piel, la penetré entrelazando sus dedos con los míos, la hice mía de la manera más bonita y natural que lo pueden hacer dos personas que se aman, la abracé y pegue a mí con todas mis fuerzas hasta quedar dormidos, sí algo tenía claro es que no iba a permitir que nada ni nadie nos separara.

Capítulo 26



Giro inesperado....

A las cinco de la mañana noté una luz parpadeante, como ya dije tenía alertas en mi vida, observaba todo y no se me pasaba nada, así que percibí esa luz en mitad de la noche, me giré y era el móvil de Mikaela sonando a modo silencio, me asomé y ponía Manuel, no sabía si era el mismo que me había contratado, pero por la hora que era cogí el móvil yo saliendo al patio.

—Buenas noches, me alegro de que lo hayas cogido tú Nico.

—Buenas noches, Manuel ¿Pasa algo? —reconocí que era el mismo.

—En el correo de Mikaela tenéis los vuelos para mañana mismo, a las tres de la tarde, tenéis que volver urgentemente, te los reenvío a tu correo ahora mismo también —su tono era cabizbajo y preocupante.

—¿Qué pasó?

—Es su padre, sufrió un accidente esta madrugada, se está debatiendo entre la vida y la muerte, tenéis que regresar inmediatamente.

—Entiendo —solté el aire y me toqué la nuca —volvemos en ese vuelo, no te preocupes.

Me preparé un café, yo ya no podía dormir, tampoco la quería despertar era demasiado temprano y aún quedaban muchas horas para el vuelo, hasta las doce de la mañana no nos recogería un chofer.

¿Y ahora qué ? Me encendí un cigarrillo y me puse a pensar en todo lo que podría pasar a partir de ahora, esto podría cambiar todos los planes, para bien y para mal, me daba la sensación de que la vida me iba a dar muchas sorpresas, lo que no sabía si serían tan buenas.

Me tomé varios café, Mikaela apareció sonriente a las ocho de la mañana y miró su móvil sobre la mesa.

—¿Me has estado cotilleando? —preguntó sorprendida sentándose entre mis piernas de forma sensual.

—No —reí con tristeza, no sabía cómo iba a manejar esa sensación —verás, a las cinco vi la luz parpadeante de tu móvil y era Manuel, cogí la llamada.

—¿Qué quería? —me miró con preocupación.

—Tenemos que volver hoy...

—¡No! No quiero irme —comenzó a llorar y a mirarme en un intento de súplica de que hiciéramos caso omiso.

—Tenemos que volver —le acaricié la cara, mientras comenzaba a llorar sin entender nada.

—¿Qué pasó?

—Es tu padre...

—¿Qué le ha pasado? —se puso nerviosa, después de todo era su padre.

—Tuvo un accidente anoche, está bastante mal, tenemos que volver.

Se abrazó a mí llorando desesperada.

—No, esto no puede pasar, no quiero que le pase nada malo, es mi padre por mucho que no comulgue con su forma de ser, pero no quiero que le pase nada, pero tampoco me merezco tener que romper los últimos días que me quedaban aquí contigo, no me merecía esto —se abrazó a mí llorando y eso me partió el alma.

—Tranquila, todo irá bien —la dejé un rato sobre mi pecho, los dos abrazados.

Ella se hacía mil preguntas, yo la escuchaba con los ojos a punto de romper a llorar, ella lo hacía desesperada, no desayunamos solo tomamos café, a las once comenzamos a cerrar las maletas, ella estaba destrozada, por su padre y por acabar ahí eso que estaba viviendo con tanta felicidad.

Faltaba más de media hora para dejar la casa cuando me cogió las manos llorando.

—Nico, quiero sentirte dentro de mí antes de irnos —no dejaba de llorar y esas palabras me partieron el alma y no pude evitar que me salieran las lágrimas.

La acerqué a mí que estaba apoyado sobre el aparador y la abracé besándola, le quité la camiseta que aun llevaba hasta arreglarse para irnos, me quité y la apoyé a ella, la embestí mientras las lágrimas no dejaban de caernos, nos mirábamos llorando mientras nuestros gemidos con sollozos salían por su boca, hasta que caímos los dos en un orgasmo, abrazos y rompiendo a llorar en un intento de silencio.

La vuelta fue todo un silencio, el vuelo salió y con él quedaba atrás el viaje de nuestras vidas, donde solo éramos ellos y yo, no había nadie más, el que nos atendía en un bar, el que nos trasladaba, pero habíamos pasado veintiséis días solos, ella y yo, sin nadie más, forjando una historia de amor, que no solo era sexo y ahora teníamos que volver, yo no debía ser su escolta, yo debía ser quien la arropara y abrazara en los días que le quedaba por pasar, sin saber el desenlace, ¿y yo? Yo quería estar con ella, pero no estaba seguro de poder hacerlo y eso, me partía el alma.

Aterrizamos en New York y nos recogió un chofer, fuimos directamente para el hospital de Manhattan donde está su padre, en la puerta Manuel esperándonos.

—Acaba de fallecer —dijo entre lágrimas al vernos, como un puñal disparado sin tacto, pero con la obligación de no disfrazar la verdad, era uno de los hombres de confianza del padre, el que le llevaba la contratación de los servicios del tema de seguridad y traslados.

Mikaela se puso las manos en la cara y se agachó a sentarse en el escalón, me puse de cuclillas ante ella y le cogí las manos y se la quité de la cara.

—Abrazame —dije sin importarme nada ni nadie.

Me abrazó y la levanté a hacerlo con más ganas, con más cariño, quería que sintiera que no estaba sola, ahora más que nunca no lo iba a estar pues yo no lo iba a permitir, ahora no había ni una sola razón para que frenara aquello que los dos deseábamos, aunque no tenía una casa que ofrecerle a ella ya no le haría falta eso.

Manuel se encargó de todo el trámite, yo la acompañé a su casa a cambiarse, aproveché para hacerlo también, aquella mansión era impresionante, pero yo sabía que ella la detectaba, para ella aquello había sido como una dictadura, su padre era así, controlador, manipulador y un cabezón que solo vivía por y para su imperio, ese que ahora pasaba para su única heredera, Mikaela...

Epílogo



Había pasado un año y medio desde aquel día que volvimos de forma precipitada de nuestro viaje, ya vivíamos en un apartamento en el centro de Manhattan con Conan, al que adoraba Mikaela, además de nuestra bebé que tenía un mes, Alma, nuestra preciosa hija.

La vuelta precipitada y el desenlace de su padre, nos ayudó a no tener que luchar contra nada, por supuesto no me alegré de esa desgracia, pero las cosas se facilitaron desde ese mismo día que tras enterrar a su padre me pidió que quería venir a mi casa, no quería volver a su hogar más solo para recoger sus cosas en otro momento.

Ese día tuve que enfrentarla a mi vida, enseñarle donde vivía, inclusive la realidad de mi pasado, esa que cuando escuchó me dijo que no le importaba que yo para ella era esa persona que conoció el día que partimos de viaje.

Se quedó en mi casa móvil feliz los primeros tres meses, la ayudé en todas las gestiones con un asesor legal, uno ajeno a todo lo que rodeaba a su familia, se encargó de vender todas las propiedades, acciones de empresas, ella no quería nada, quería una nueva vida con el dinero que obtuviera, una gran fortuna, a la que añadimos lo que yo tenía guardado y escondido, ese asesor consiguió legalizarlo con cada movimiento y luego ella me lo pasó a modo de gratificación por la ayuda prestada en todo, de risa, pero ya tenía una cuenta legal con mi dinero.

Entre los dos compramos un apartamento en Manhattan, uno precioso de tres dormitorios, una gran terraza con piscina, con unas preciosas vista y en un edificio muy exclusivo, estábamos felices, luego vendí el terreno de mi padre por el que me dieron poco dinero, pero algo era.

Lo amueblamos felices, nos trasladamos allí al mes de adquirirlo cuando lo teníamos ya amueblado y listos para entrar a vivir, ella quería tomarse un largo tiempo para decidir si trabajar o no, pero con el dinero de la fortuna recibida no le hacía falta, no tendría vida para gastarlo.

A los pocos meses nos enteramos de que nacería Alma, una niña muy esperada, desde que nos fuimos a vivir juntos no habíamos tomado ninguna precaución, así que el día que supimos que vendría a nuestras vidas, nos sentimos los más afortunados del mundo.

Entre los dos creamos una fundación para los niños con Cáncer, la comencé a gestionar yo, me encargué de buscar gente que aportara cantidades para dar una bonita forma a tal proyecto, además con el embarazo de Mikaela estaba muy sensibilizado.

Nos casamos antes de que naciera nuestra hija, en una ceremonia en la que solo éramos los dos y nuestra bebe que pronto estaría entre nosotros, ese día nos fuimos a comer a un restaurante con vistas a toda la ciudad y nos tiramos una foto, ella llevaba un vestido corto blando de tirantes, fruncido en la barriga, ya que la tenía bastante avanzada, estaba preciosa, con esa flor sobre su oreja.

Seguimos cada día con la misma fogosidad que durante aquel viaje, Mikaela siempre estaba

dispuesta a perderse en mis brazos y yo feliz de perderme en su cuerpo, me había vuelto un hombre risueño, cariñoso, sería que antes no tenía alguien que me hiciera sacar esos sentimientos.

Nuestra Alma era como su madre, con un mes era pura risa, la tenía dibujada sobre la cara de forma permanente, me tenían mis dos mujeres flotando sobre el suelo, era el hombre más afortunado del mundo y ahí estaba, muriendo de amor mientras veía a Mikaela darle el pecho a nuestra hija, mientras me guiñaba un ojo de forma seductora y me hablaba con esa intensa mirada, ahí estaba, enseñándome que nunca me vio como su escolta y que aquello no solo era sexo...